
ESPACIO
FUTURO
ARENAS ROJAS
JOHNNY GARLAND

Arenas rojas

Johnny Garland

Espacio del Mundo Futuro/202

CAPÍTULO I

¿QUIÉN DE LOS DIEZ?

Su pasaje, señor... —el funcionario lo selló y cortó una esquina del mismo. Se lo devolvió con una sonrisa, después de comprobar la lista de pasaje —. Gracias, señor Logan. Puede subir a bordo, si lo desea. La «Astral» partirá dentro de dos horas. Pero media hora antes, se prohibirá totalmente el acceso a las pistas de despegue, porque la carga nuclear del cohete puede originar peligros.

—Gracias —Waldo Logan recogió su pasaje, cargó con el pequeño maletín, y avanzó hacia la puerta vidriera de las oficinas— . Esperaré en el bar. Ya estaremos bastantes horas metidos en el chisme ese para pasar una más. ¿Cuánto dura el viaje?

—Eso está sujeto al curso del viaje en sí, señor. Pero se fijan entre diez y quince, los días que durará la travesía hasta Marte. Suponiendo que los reactores atómicos mantengan siempre la velocidad de quinientas mil millas a la hora, señor...

A Waldo se le fue un poco la cabeza. Dio las gracias con una mueca, y siguió hacia el bar de las gigantescas autopistas del aeropuerto sideral, con la sensación de que el suelo mismo de la Tierra empezaba a no ser

tan firme bajo sus pies.

Volar hacia un lejano mundo a medio millón de millas por hora, no era ninguna tontería. No serían las velocidades absurdas que él refería en sus noveluchas, pero se le parecía bastante.

Casi se estrelló contra la muchacha que avanzaba en dirección opuesta, mirando como fascinada hacia la pista en la que, rodeada de una espectacular torre o armazón metálica, erguía su aguda proa blanca y afilada a los cielos, la «Astral I».

—¡Oh, perdone! —pidió ella cortésmente.

—¡Diablo, señorita! Vale más que mire todavía a la tierra que pisa y se olvide de ese trasto —rezongó algo irritado Logan, Miró a la bonita joven y enarcó las cejas —. No será cierto que usted también va a subir en la «Astral», ¿verdad?

—¿Cree que sólo usted tiene derecho? —a su vez, ella se había enfurecido por su evidente falta de cortesía —. Evidentemente, debe ser americano.

—¿Por qué? — Logan enarcó las cejas perplejo.

—Por lo mal educado —replicó fríamente la joven.

—Oiga, jovencita, ¿de dónde mil diablos es usted? —se enfadó Waldo, divertido en el fondo, por la expresión de fierecilla de aquella joven de breve nariz y pardos ojos—. Estamos en Norteamérica, por si no lo sabe...

—Soy española, señor. Y ahora, por favor, permítame pasar. He de sellar mi pasaporte...

—¿Española? Debí imaginarlo. Hidalguía y viejas costumbres caballerescas... —Waldo rió, encogiéndose de hombros—. Bueno, tal vez tenga razón. Perdóneme, señorita..., ¿cómo dijo que se llamaba?— No lo dije —arrugó el ceño, alzando su naricilla agresivamente—, Ni se lo diré, «caballero»...

Con altivez, pasó por su lado, alejándose con un taconeo ligero y gracioso hacia las oficinas. Logan sonrió. Iba a ser divertido el viaje, pensó, observando la línea esbelta y sugestiva de la figura femenina que se alejaba. Muy divertido... y no solamente porque el viejo y colorado Marte fuese su punto de destino...

En el bar no había mucha gente. A los reporteros y operadores de cine y televisión, se les tenía fuera de las pistas. Solamente tenían acceso los viajeros del cohete y su tripulación.

Se sentó en la barra, pidió un combinado, y observó a los que le rodeaban, con aire entre crítico y despreocupado. Le sorprendió reconocer a Sandra Lee, la actriz de las películas, exhibiendo sus piernas generosamente, al cruzarlas sobre una mesa. Por desgracia no tenía delante a ningún reportero, aunque evidentemente no por falta de ganas.

Otra mujer se retocaba su sombrerito ante un espejo. Era alta, esbelta y rubia, en contraste con la pelirroja Sandra Lee. Tenía más elegancia que ésta. Su exhibicionismo se acusaba, sobre todo, en la profundidad de su descote y en la espalda, descubierta hasta cerca de la cintura, en su bello modelo rojo.

—Bueno —rezongó Waldo, mirando al barman —. ¿Es que vamos a Marte o a París?

—Ella viene de París —rió el empleado, señalando a la rubia del vestido rojo—. Es una modelo de importancia. Y aquélla es la artista de cine…

—Sí, hijo, la conozco —suspiró Logan —. Producto nacional de primera serie. Creo que este viaje va a ser mucho más divertido de lo que jamás hubiera pensado. Yo esperaba encontrarme sesudos y no menos barbudos caballeros, expertos en astronáutica, espaciografía y todo eso. ¿Y qué me encuentro? Casi una compañía de revistas, dispuesta a saltar a otros mundos…

El barman sonrió.

—También hay de los que usted dice, aunque sin barba. Miré allí. Dicen que es un sabio japonés muy importante. No sé cómo diablos se llama. Esos nombres japoneses nunca aprenderé a decirlos bien.

Logan estudió con interés al nuevo personaje aludido. Estaba solo, ante una mesa, y tomaba café lentamente. Tenía la tez ligeramente aceitunada, y ojos almendrados e inteligentes, tras sus gafas de cristal ligeramente oscuro. Su cabello era negro, terso, casi azulado al reflejar la luz viva del establecimiento del aeropuerto.

La puerta se abrió en ese momento, y penetró en el bar un nuevo personaje. Era alto, rubio y atlético. De su hombro, colgaba una cámara tomavistas, con su estuche y correas en un vivo azul. Sandra

Lee lanzó un gritito, y subió algunas pulgadas más el nivel de su falda, aunque maldita la falta que hacía.

—¡Oh, la televisión! —exclamó, radiante—. ¿Quién dijo que no dejaban entrar a los muchachos de la televisión en el bar?

—Por favor, caballero, no quiero publicidad —dijo duramente la voz de otro personaje, un hombre enjuto y de aspecto severo, sentado no lejos del japonés. Los fríos ojos azules y estrechos se fijaron en el recién llegado —. Si va a disparar su cámara, hágalo hacia otro lado, o exigiré su inmediata expulsión...—No sufra, señor —sonrió el recién llegado —. No soy lo que ustedes están pensando. He visto a mis queridos hermanos, los buitres de la televisión americana, rodeando el aeropuerto en busca de una fisura por donde colarse. Pero yo no soy de ellos. Trabajo para la televisión, ciertamente, pero es la inglesa. Y no vengo como reportero, sino como un viajero más. Mi interés se centra exclusivamente en lo que voy a ver y conocer, no en ustedes.

Hubo un suspiro de alivio, por parte del hombre de ojos azules y pequeños. En cambio, Sandra Lee manifestó su disgusto con un «¡Qué fastidio!» bastante audible.

Ronald Wilcox le sonrió, mientras se acomodaba cerca de ella, depositando la cámara portátil sobre la mesa.

—Si quiere usted unos planos para mi programa de Londres, los haré muy gustoso, señorita Lee —dijo con suavidad muy británica —. Estoy seguro de que a mis televidentes les resultará tan sugestiva su anatomía como la geografía marciana. O acaso más...

Eso animó mucho a la actriz, que empezó a hablar voluble y estúpidamente con el reportero de la televisión inglesa. Waldo Logan suspiró, volviendo a su combinado.

—Lo dicho — rezongó—. Vamos a divertirnos bastante...

* * *

Pero la diversión ya no era tan segura cuando se anunció que empezaba a contarse el tiempo para despegue. La Hora Cero, se aproximaba. Y tan deprisa, que una angustia indescriptible atenazó a la mayoría de los viajeros de la nave.

Se miraron entre sí los diez ocupantes de la amplia y confortable cabina rectangular, provista de cinco hileras con $os asientos cada una, y las ventanillas circulares a ambos lados, con el aeropuerto sideral visible a través de sus recias vidrieras plastificadas, de doble hoja con el vacío en medio.

El altavoz situado dentro de la nave, iba desgranando lentamente los segundos y minutos:

—Cincuenta y ocho… Cincuenta y nueve… Sesenta… Minutos transcurridos, veintidós… Uno, dos, tres…

Así, monocorde, irritante, tensando los nervios de los futuros viajeros del espacio, iba cayendo el sonido de la voz, la cuenta inexorable. El último minuto sería contado a la inversa, hasta llegar al segundo cero, en que se efectuaría el despegue.

Fuera de las aeropistas, y alejados lo suficiente del campo de acción de los reactores nucleares que dispararían a la esbelta y blanca «Astral» hacia los espacios, operadores de cine, televisión, locutores de radio y periodistas, captaban el emotivo momento. Tenía algo de histórico, aunque fuese la suya una historia banal y, en cierto modo, secundaria.

El gran momento había sido el de la salida de una nave científica hacia Marte. Ahora, solamente se trataba del primer viaje comercial. Pasajeros auténticos, unos por publicidad, otros por temeridad, los más por deporte o por curiosidad, emprendían la gran aventura de los mundos desconocidos. ¿Qué les aguardaba en su viaje al exterior de la atmósfera terrestre y de su espacio inmediato?

Waldo Logan se sintió incómodo dentro del traje espacial, de materia plastificada y esférico globo cristalino para la cabeza, a guisa de escafandra. Eran vestimentas a presión, para la salida al exterior. No se precisaban durante el viaje, en la nave, dotada de gravedad artificial suficiente para contrarrestar la ausencia de gravitación en el espacio exterior.

Por fortuna, antes de despegar, y cuando se dirigían a sus respectivos asientos, en los que las abrazaderas metálicas les aferraron para el momento del despegue, se despojaron nuevamente de ellos, plegándolos para guardarlos cuidadosamente en las bolsas individuales situadas en cada asiento.

—Minutos, veintisiete… —repitió, monocorde, el altavoz interior.

Y siguió la cuenta de segundos.

Ya quedaba poco. Tres minutos. Waldo miró de soslayo a su compañero de asiento, con un suspiro hondo, que hizo sonreír al vecino.

—¿Miedo o preocupación? —interrogó éste suavemente.

—Las dos cosas —confesó Waldo, sin disimulos. Luego rió entre dientes—. Usted no parece tener muchos temores. ..

—No, no muchos —admitió el otro—. Me llamo Carlos Valdés y mi profesión es viajar. Conozco el mundo entero. He viajado en globo, en reactores atómicos, en submarinos nucleares y en toda clase de vehículos terrestres, marítimos y aéreos. Sólo me faltaba viajar por el espacio exterior. No hice ningún viaje a la Luna, porque siempre le he tenido una instintiva antipatía a nuestro satélite natural.

—¿Carlos Valdés ha dicho? —Waldo frunció el ceño — . ¿También español?

—No; argentino. ¿Es que llevamos algún español a bordo?

—Una española —Logan respiró hondo—. Genio latino, amigo Valdés. Usted entiende de eso, ¿no?

—Sí —rió Valdés. Miró hacia la cabecita de Teresa Alba, sentada dos hileras ante ellos—. Es aquella, ¿verdad?

—Eso es. Tiene un genio que...

—¡Atención! — avisó vivamente la voz del altavoz, silenciando en el acto todos los comentarios y cambios de impresiones entre los nerviosos viajeros —. Minuto final, señores pasajeros. Listos para despegue. Quietos en sus asientos... Empieza a correr el reloj. Segundo sesenta..., cincuenta y nueve..., cincuenta y ocho..., cincuenta y siete...

Las caras palidecieron. Doce rostros demacrados, tensos, expectantes, fijaron sus ojos en la rejilla del altavoz, por donde brotaba la cuenta final hacia la Hora Cero.

El rostro colorado, fuerte, teutónico, de Hermann Scholtz, parecía menos saludable que de costumbre. Estaba habituado a emociones fuertes. Pero aquélla era mayor que otras. Mayor que ninguna.

Acaso el más sereno e impasible de todos era Tanaka Ya- mura. El no

dejaba en mal lugar la estoica inexpresividad de su raza. Acaso en su interior, la emoción del sabio japonés, superaba en intensidad, en profundidad, a la de todos sus demás compañeros de viaje. Pero no lo reflejaba, de epidermis hacia fuera.

—... Once..., diez..., nueve...

Waldo Logan sonrió para sí; evocando algunas de sus novelas. Este momento era ineludible en casi todas las fantasías de anticipación, más o menos científica. Pero no era igual sentarse ante la máquina de escribir electrónica, e ir transmitiéndole las palabras y oraciones, que la dócil máquina reproducía sobre el papel, que vivirlo directamente.

El altavoz seguía recitando:

—... Seis..., cinco..., cuatro...

Cerró los ojos. Sintió el trepidar de los reactores nucleares, bajo sus pies, en la base de la gran nave vertical, blanca y aguda, erguida hacia los cielos que pronto rasgaría. Hacia Marte... o hacia un fin espantoso. Todo era posible ahora.

Pero ya no podía salir de allí, no podía abandonar la «Astral». Ya era tarde para todo. Para todo, menos para morir, para encomendarse a Dios y esperar que el viaje estelar no terminase en un desastre.

—...Tres..., dos..., uno... ¡¡CERO!!

La explosión terrible, estremecedora, sacudió a los doce pasajeros. Sin una sola excepción, cerraron los ojos, se aferraron a los asientos, como si éstos pudieran retenerles todavía, adheridos a la superficie de la Tierra.

Pero eso era solamente un instinto, un reflejo natural, lógico.

Porque la nave estaba ya en el aire. Arrancada de la tierra como si la disparase un cañón colosal, a semejanza de una vieja novela de más de dos siglos de vida, una novela de un hombre llamado Julio Verne que, doscientos años antes, había preconizado un viaje al espacio...

Ahora, el viaje era cierto. El salto al vacío, real. Doce seres, doce viajeros, doce turistas, emprendían la marcha hacia lo nunca hallado por el hombre, salvo en los primeros tanteos científicos y exploratorios.

La blanca forma aguda, estilizada y relampagueante de la «Astral»,

saltó al espacio, proyectada por un chorro de llamas y humo, por una explosión virulenta de energía propulsora atómica, que lanzaba al primer cohete de pasajeros hacia la roja esfera marciana.

¿Llegarían o no?

La Oficina de Viajes Internacionales no podía garantizar el éxito del viaje. No había nadie en el mundo capaz de garantizar nada, cuando una nave salía hacia el espacio exterior. El avance técnico era fabuloso, la mecánica casi perfecta. Pero en aquel «casi» estaba un cincuenta por ciento del éxito. Y otro cincuenta dependía del espacio mismo, de los aerolitos, del polvo cósmico, de mi! insignificantes alteraciones capaces de provocar la hecatombe.

Si aquellos doce intrépidos pioneros en las rutas comerciales del cielo llegaban sanos y salvos a la «Estación Tierra» de Marte, se abriría definitivamente la etapa de los viajes interplanetarios.

Era la disyuntiva: en la «Astral» viajaban doce pioneros… o doce héroes a inscribir en la lista de los que dieron su vida por la conquista de los mundos lejanos. H

La «Astral» dejó atrás el suelo, se internó en la atmósfera terrestre, con un rugido largo y estremecedor, dejando tras de sí la estela llameante de los reactores a plena marcha.

Su proa aguda, punzante, apuntaba hacia lo alto, siempre a los cielos, a su ruta por las estrellas…

Los nervios, los músculos, el cuerpo todo, se relajaba por momentos.

— Bueno, después de todo, no es tan malo como creía — musitó Waldo Logan, tras una bocanada de aire que expulsó con fuerza de sus pulmones.

Carlos Valdés sonrió. Del bolsillo de su chaqueta, extrajo un libro. En su cubierta, de brillantes colores, una rubia endiabladamente curvilínea se debatía entre los tentáculos de un monstruo semejante a un pulpo, sin que ese abrazo justificara el destrozo de sus ropas y el exhibicionismo de su figura. Un fondo de astros, y un suelo lleno de cráteres, completaban la llamativa cubierta.

—¿«Esto» no es suyo? —preguntó el argentino, girando el libro, de modo que la fotografía de Waldo Logan fuera visible en la contraportada.

—Sí —contestó con rubor Logan, sintiéndose empequeñecido de repente.

—¿Y usted sentía miedo? —el sudamericano agitó el libro, riendo —. Sus héroes jamás saben lo que es el temor, señor Logan. En este libro, incluso llegan a Júpiter y...

—Por favor, no me lo recuerde. Me hace sentirme más avergonzado.

Valdes rió de buena gana. Luego guardó la novela.

—Perdone, pero me pareció usted conocido, y luego supe por qué. Me divierten esos relatos de fantasía, Logan. Tiene su mérito, a fin de cuentas. Pero que uno mismo viva esas cosas es muy distinto. Creo que cualquiera de los que vamos aquí sentimos tanto o más miedo que usted. Sólo varía la sinceridad con que uno lo exprese o no.

—Gracias —Waldo miró con simpatía al joven y alegre sudamericano —. Mire, allí indica que podemos despojarnos dé los cinturones de seguridad. Ya no son necesarios. Incluso podemos caminar. Y esto es bastante amplio, ¿no le parece?

—En efecto —Carlos Valdés se quitó sus bandas metálicas con una presión en un resorte bicolor. Suspiró, poniéndose en pie. Dentro de la nave el equilibrio era perfecto—. Mire, no somos los primeros. La hermosa Sandra Lee ya exhibe sus pantorrillas, sentada en el bar automático.

Era cierto. La esplendorosa pelirroja, cruzada descuidadamente de piernas en uno de los seis asientos estilizados del bar automático instalado al fondo de la «Astral», apuraba un refresco de indefinible color fresa, con la frivolidad que emplearía al tomarlo en el corazón de Hollywood.

—¡Hola, chicos! —saludó, agitando una mano, a Valdés y a Waldo Logan. Sus ojos se fijaron con mayor insistencia en este último. ¿Asustados?

—Un poco —asintió Waldo, mientras el sudamericano gruñía algo parecido.

—Pues yo, mucho —rió la actriz voluble—. Esto no es filmar una fantasía con decorados. Una se siente... como suspendida entre la vida y la muerte.

—Que es, exactamente, en donde nos hallamos —declaró a sus

espaldas otra voz.

Logan se volvió intrigado. Con cierto leve sobresalto. El hombre macizo, corpulento y muy alto, sonreía ampliamente. Pero sus oscuros ojos estaban graves. Un mechón de pelo blanco barría su bronceada frente. En cambio, sus cejas eran intensamente negras y muy gruesas.

—¡Oh, qué desagradable observación, señor…! —empezó la actriz estremeciéndose.

—Collins. Nathan Collins —se presentó el hombre con voz firme—. Soy australiano, y he soñado durante toda mi vida con un viaje así.

—¿De veras? —Sandra Lee rió entre diente!—. ¿Y por qué, señor Collins? ¿Por puro amor a la aventura?

—No —denegó Collins lentamente. Sus ojos parecían fijos en las paredes blancas de la nave —. Tenía un hijo, señorita Lee. Fue voluntario en el segundo cohete tripulado a la Luna… Ya sabe usted que ese cohete… jamás volvió.

—Oh… —Sandra no supo qué decir.

Hubo unos segundos de silencio.

Waldo miró con interés el firme perfil del hombre de Australia.

—¿Y acaso espera poderlo encontrar alguna vez en el espacio, señor Collins? —interrogó con voz grave, mirándole fijamente.

—No —denegó él —. Solamente quiero conocer el mundo donde se quedó para siempre. El vacío terrible y mortal, señor… Donde ahora nos hallamos.

—Bueno, creo que será mejor tomar algo —comentó Valdés, para romper la tensión. Y eligió un combinado de frutas, de la lista del automático. Pulsó el botón, y recibió su vaso de plástico, herméticamente cerrado y muy frío —. ¿Toma algo, Logan?

—Sí. Brandy. Creo que lo necesito —asintió Logan, mientras Collins se alejaba con una bebida entre sus fuertes manos, como si quisiera estrujar el frágil vaso.

Miró en derredor. Martine Bertier, la rubia modelo francesa, parecía muy interesada en los problemas de la televisión inglesa, con Ronald Wilcox. El alemán de expresión dura hablaba en otro lado con Hans

van Kraken, el magnate de los diamantes industriales de Holanda. Y el profesor Yamura, sin duda a falta de otra persona, había elegido a la temperamental muchacha española, para conversar con ella.

Waldo suspiró, apurando su vaso de brandy con rapidez. Arrugó el vaso, tirándolo al recipiente situado al efecto.

—Cóctel sideral —gruñó burlón —. Póngase diez personas raras y diferentes en una coctelera interplanetaria llamada «Astral», agítese bien... y sírvase la mezcla a la llegada a Marte. Cielos, ¿qué resultará de todo esto?

—Seguramente, nada de nada —rió Valdés—. Todo lo más, una boda. O dos.

—O tres —rezongó Logan —. Recuerde que hay tres chicas a bordo. Y ninguna fea...

—Mi querido amigo, esos detalles son los únicos que jamás olvidaría.

En aquel momento sonó el altavoz nuevamente. Fue tan brusco el golpe de voz metálica, que sobresaltó a todos.

Veinticuatro ojos se clavaron en la rejilla cuando ésta comenzó a lanzar palabras:

—Señores pasajeros, por favor. El comandante de esta nave planetaria, capitán Frank Reeves, ruega a todos ustedes dispongan de nuevo sus pasaportes y documentos, a fin de efectuar una revisión minuciosa de los mismos.

—¿Eh? ¿Qué significa eso? —masculló con tono irritado Hans van Kraken —. ¿A qué viene ahora esa molestia?

Evidentemente, la conexión era mutua, porque desde la cabina de mandos de la nave, llegó la respuesta rápidamente;

—Señores, por favor, un poco de paciencia. Es una media obligada, por un comunicado recibido de Tierra ahora mismo. No queremos molestarles ni causarles enojosos inconvenientes durante el viaje. No era nuestra intención tampoco, pedirles esto. Pero existen motivos concretos para ello, de suma urgencia.

—¿Y no tenemos derecho a saber esos motivos, como principales perjudicados? —pidió en voz alta, muy airada, Nathan Collins.

Una pausa. Al otro extremo de la comunicación, en la cabina de pilotos, debió de haber un breve conciliábulo, porque la rejilla sonora permaneció muda. Hasta que por último regresó la voz, con tono más grave que antes:

—Muy bien, señores. El capitán Reeves opina que tiene perfecto derecho a ello, y que, por otro lado, será preferible que todos sepan lo que ocurre. La Policía de la Tierra nos ha transmitido un comunicado urgente. Al parecer, cierto cirujano situado fuera de la Ley, ha enviado una denuncia telefónica a la policía, advirtiendo que acababa de hacer una operación de cirugía plástica a una persona, a un delincuente peligroso. No podía saber cuál era la personalidad adoptada por ese criminal, salvo que había copiado las facciones nuevas, aplicadas a su operado, por una fotografía de un pasaporte interplanetario para la nave «Astral», con rumbo a Marte.

—¿Eh? -Logan dio un respingo, y miró a Carlos Valdés, tan asombrado como él.

—Es, por tanto, casi seguro, que «uno de los diez viajeros no llegó jamás al aeropuerto sideral, y mucho menos, a esta nave» —prosiguió la voz, increíblemente—. Y que un peligroso asesino ocupa ahora su lugar en el pasaje. Se ignora quién puede ser e incluso su sexo...

—¿Y el médico cirujano? —preguntó vivamente Logan, en voz alta —. ¿No ha dicho qué clase de rostro aplicó a su operado?

—El médico no pudo decir más, señores. Cuando la policía fue a su domicilio a detenerle, para ampliar su información y dar caza inmediatamente al asesino, le hallaron muerto. Al parecer, envenenado con un veneno lento, que terminó con él sin permitirle decir cuanto sabía... Solamente pudo añadir a cuanto les he referido, que el criminal operado responde al sobrenombre de «Puma». Y lleva consigo una reducida pero valiosísima carga de mineral radiactivo, por otro lado mortal a quien se le aproxime, si se le extrae de su cápsula de metal aislante... ¿Comprenden ahora por qué hemos de revisar cuidadosamente «todos» los documentos, y comprobar su exactitud de datos con sus respectivos titulares?

El silencio absoluto reinó en la amplia cabina. Sí. Todos lo comprendían. Demasiado bien, quizá...

CAPÍTULO II

SOSPECHAS

El capitán Frank Reeves, comandante de a bordo, era un hombre corpulento, de aspecto marcial, blanco uniforme plastificado, con el emblema azul y plata de las Fuerzas Aéreas del Espacio, lo mismo que el teniente Clint Murray, locutor de a bordo, radiotelegrafista y auxiliar del capitán Reeves en todas aquellas labores anejas a su cargo.

Murray era muy joven, delgado y alto. Sus cabellos, muy rubios y abundantes, le caían en rebeldes mechones por doquier. Tenía expresión ingenua y grandes ojos celestes, que clavó con estupor admirativo en la belleza sensacional de Sandra Lee.

En cambio, Reeves era un hombre duro, de mediana edad, cabello oscuro y liso, ojos graves y expresión determinada en la boca de firme trazo. A bordo de la «Astral», ellos eran la máxima autoridad.

Procedieron a examinar uno por uno los pasaportes espaciales, los billetes de vuelo, la carta de notificación de la Oficina de Viajes, los restantes documentos, y comprobaron por medio de un detector electrónico las huellas dactilares de todos los presentes en el cohete interplanetario.

Cosa inesperada, y que hizo parpadear a los militares: absolutamente todas las huellas coincidían con las de los documentos presentados. La prueba vital para descubrir al intruso entre los diez viajeros dio resultado negativo. Reeves mostró su perplejidad claramente, al cambiar una mirada con el joven teniente.

—En ese caso, la información es errónea, o ese asesino no llegó a subir a bordo porque no pudo efectuar la suplantación — observó lentamente—. Cada viajero es exactamente el que dicen sus documentos. Puede cambiarse una cara, según la moderna cirugía, pero no unos dedos, sin dejar rastro. Las huellas no se alteran jamás…

—Pero los pasaportes sí.

La frase, fría y demoledora, dejó en suspenso ai capitán Reeves. Lentamente, alzó los ojos hasta clavarlos en el que había hablado, que le miraba serenamente.

—Señor Logan —dijo despacio el militar—, ¿ha dicho usted eso?

—Sí, comandante. Un hombre lo bastante listo para alterar su rostro y suplantar a alguien, no correría jamás un riesgo tan tonto como ése. Se daría cuenta de que, al primer examen a fondo, estaría descubierto. He oído hablar de «Puma». Es endiabladamente listo. Habrá alterado el pasaporte y demás documentos, de forma que nadie advierta tal alteración, o se habrá confeccionado otros nuevos, idénticos a los verdaderos.

—Logan tiene razón —asintió Carlos Valdés—. Es lo más lógico.

—En efecto, lo es —admitió Reeves —. Pero eso nos deja, prácticamente, sumidos en la oscuridad. Puede estar aquí… o no estar. Y, si está, es casi imposible hallarlo. ¡Bonita situación!

—Hay un medio de ponerle fin —sugirió Ronald Wilcox—. Volvamos a la Tierra.

Todas las miradas convergieron en él.

—Señor Wilcox, acabamos de dejar atrás la atmósfera terrestre — señaló secamente el teniente Murray—. Regresar significaría el fracaso del viaje. Un viaje que vale muchos millones de dólares… por una simple sospecha. No, no podemos hacer eso. Solamente sabiendo positivamente que ese criminal está a bordo, se regresaría, agotando el combustible que se reserva para el viaje a Marte.

—Además, somos once contra él — observó con jovialidad muy cargada de optimismo Martine Bertier, la modelo, irguiendo su potente busto —. Si realmente viaja a bordo y se le descubre, no podría hacer nada contra nosotros.

—Por otro lado, llevará encima ese mineral radiactivo a que aludieron —intervino de nuevo Waldo Logan —. ¿Por qué no buscarlo? Un detector Geiger nos revelará su escondite a bordo. Y quizá con él la personalidad de su poseedor.

—Es una buena idea —asintió entusiasmado el teniente Murray—. ¡Bravo, señor Logan!

Waldo sonrió, pomposo. En el acto, le borraron la sonrisa de la boca. Suave, pero firme, una voz nueva, que hablaba cadenciosamente, intervino en la confusa tertulia:

—Permítanme intervenir, caballeros, pero eso Vio será posible.

Todos se volvieron hacia .el que hablaba. Era el profesor Tanaka

Yamura. Su faz no reflejaba la menor tensión. Los ojos almendrados eran risueños, pero agudos.

—¿Por qué dice eso, profesor? —quiso saber Reeves algo impresionado.

—Porque sí, como ustedes mismos han dicho antes, ese mineral va envuelto en su cápsula aislante… ésta no permite que la radiactividad se filtre. «No puede detectarlo ningún contador Geiger», por potente y perfecto que sea. El «radiotom» es mortífero, pero siempre que se extraiga de su envoltura, caballeros.,.

—¡Un momento! —saltó, excitado, el capitán Reeves. Miró con sospecha al japonés—. ¿Cómo sabe usted que es «radiotom»? Nadie ha citado aquí el nombre del mineral, profesor Yamura…

—Sí, ¿cómo está enterado de eso? —masculló acusador Hermann Scholtz.

Todos le rodearon.

—¡Qué tontería! —rió el oriental, sin perder su sangre fría —. Todo el mundo puede saberlo. ¿No han leído ni oído por la radio o visto por televisión lo que sucedió en el Centro de Experimentos Atómicos de Nuevo México? Incluso en Japón sabemos que el profesor Russell fue asesinado, para robarle diez gramos de «radiotom». Y que la policía americana sospechaba de «Puma»…

La apacible, contundente explicación del sabio, los dejó a todos aturdidos. La primera sospecha se había manifestado claramente. Y aunque demostró ser errónea, no por ello dejaba de ofrecer un alarmante cariz para lo que restaba de viaje.

Porque ahora iban a ser diez personas sospechando entre sí. Cada una, desconfiaría de las otras nueve. Eso les mantendría en guardia, pero sembraría de recelos, de desconfianzas y de tensión lo que empezara siendo un fascinante viaje a lo desconocido.

Hacer aquel viaje con un criminal a bordo lo cambiaba todo. Claro que no había la evidencia. Pero sí la sospecha.

Y una sospecha era capaz de envenenarlo todo…

* * *

—¿Por qué, señor Wilcox? ¿Por qué iba ese hombre a elegir precisamente la «Astral» para ocultarse, con el producto de su robo?

La pregunta de Teresa Alba al realizador de la televisión inglesa encontró en éste una sonrisa amplia y divertida. El joven Wilcox refirió pacientemente:

—Porque sería una gran idea para alguien que huye de la Justicia. Con una carga que vale millones, aunque sólo pese diez simples gramos, como es el «radiotom», se va de la Tierra, y emigra al planeta Marte. ¿Quiere fuga más sensacional y segura? La policía es dudoso que le busque allí. Y aunque le busquen, más dudoso aún que lo encuentren.

—¿Y qué hará con el «radiotom» en un planeta donde solamente hay una colonia terrestre, y ni el menor vestigio de los fantásticos e imaginarios «marcianos» que dieron tema a miles de relatos?

Esta vez la pregunta de la joven ganadora del concurso de televisión que le situaba camino de los astros, cogió desprevenido a Wilcox. El joven aprobó:

—Usted gana, jovencita. No sé qué planeará «Puma» en ese sentido, si realmente ha subido a bordo. Eso sólo él lo sabrá. De momento, pone cuatrocientos millones de millas de por medio. Ya es bastante, ¿no le parece?

—Sí —asintió Teresa. Le miró, pensativa. Disparó de pronto una frase —: Usted muy bien podría ser «Puma».

—¿Eh? —Wilcox pegó un respingo, sobresaltado. ¿Yo?

—Eso es —rió ella -. Y llevar oculto en su cámara tomavistas el «radiotom».

—Diablo, su imaginación me asusta. Pero ¿por qué no puede ser usted, señorita Alba? El teniente dijo que se ignora el sexo auténtico de nuestro fantástico ladrón.

—Tal vez lo sea —dijo ella, divertida. Enarcó las cejas, en gesto burlón —. Y en ese caso, hablaría para disimular mi personalidad, señor Wilcox. En mi caja de polvos para maquillarme, o en mi barra de labios, por ejemplo, podría estar el preciado mineral. ¿No es también una bonita versión?

—¡Ya lo creo! —Wilcox rió. Alzó la cabeza y llamó a alguien—. ¡Oiga, Logan! ¿No escribe usted fantasías? Pues venga a escuchar a esta jovencita, y aprenderá…

—No, por Dios —pidió Teresa —. No llame a ese horrible yanqui de malos modos. No lo puedo sufrir.

Waldo llegó a tiempo de oírla. Burlonamente comentó:

—Ya lo oye, señor «Televisión». La joven «Cenicienta» de sus concursos aborrece a mi especie.

—No generalice, señor Logan —replicó ella, mordaz —. Es a «usted», y no a su especie, a quien detesto. Su educación es horrible.

—Lo admito. Pequé de grosero cuando tropezamos en el aeropuerto —se disculpó Waldo humildemente—. ¿Podrá olvidarlo… o disculparlo al menos? Iba nervioso, preocupado… Hago este viaje un poco a la fuerza y llevado por las circunstancias. De buen grado me hubiese quedado en tierra, pero quizá era yo el último que podía hacer tal cosa. Mi popularidad se hubiera hundido. Y vivo de esa popularidad, señorita.

—Ya me lo han contado. Escribe novelas de viajes interplanetarios —ella sonrió—. ¡Y tuvo miedo de su propio viaje! No deja de ser divertido… pero humano. Eso se lo disculpamos todos, señor Logan, porque quien diga que no tembló al despegar este vehículo, miente con todo descaro. Lo que me dolió fue su modo de increparme en el aeropuerto.

—¿Será también capaz de perdonármelo?

—Sí —Teresa contempló a Waldo con sus ojos pardos, jaspeados y brillantes. Le tendió la mano, esbelta y sensitiva, con gracioso movimiento impulsivo —. Amigo, Logan. Perdone también mi mordacidad.

—Eso está olvidado — Waldo estudió a la joven meridional, con aspecto pensativo—. ¿Está preocupada por lo que parece tener asustado a todo el mundo?

—La verdad, eso me asusta más que la idea de que estoy viajando a través del espacio.

—Es curioso. El fantasma rojo de Marte, con su distancia increíble y su aureola de misterio, nos atemoriza menos que la presencia de un

hombre que sabemos es un asesino, un criminal feroz y despiadado…, pero hombre al fin.

* * *

—Seis días, profesor Yamura.

—Sí. Justamente seis, por mi reloj-calendario —sonrió el nipón, asintiendo con la cabeza suavemente—. ¿Le preocupa mucho el tiempo, incluso lejos del suelo que le es familiar, señor Van Kraken?

—El tiempo preocupa siempre al que tiene la cabeza llena de negocios —gruñó de mal humor el magnate holandés.

—¿Marte entra también en sus negocios?

—En cierto modo…, sí.

—Entiendo —el japonés hizo un gesto vago con la mano. Van Kraken le miró, sorprendido—. Diamantes industriales. Usted sabe que Marte es rico en carbonos. Al menos, lo es su atmósfera. ¿Por qué no ha de serlo su suelo? Una posible fortuna sin explotación… hasta que la «Van Kraken Limited» pise el planeta. ¿No es eso?

—Podría serlo —le miró agudamente—. Usted parece saberlo siempre todo, profesor.

—¡Qué más quisiera yo! —rió el japonés con dulzura —. Nadie sabe todo. Ni siquiera nadie llega a saber mucho. Siempre se ignora, siempre se ignora algo. Siempre.

—¿Qué pretende usted encontrar en Marte, que ignore?

—A Marte mismo, señor Van Kraken…

El grito fue tan violento, que sobresaltó a todos. El sabio nipón era muy dueño de sí. A pesar de ello, se incorporó vivamente en el asiento. Van Kraken pegó un brinco, girando sobre sí mismo en forma inverosímil, con una repentina palidez.

—¿Eh? —aulló—. ¿Qué sucede ahora…?

—¡Aquí! —gritó una voz de mujer—. ¡Aquí, por favor! ¡Quería

asesinarme…! ¡Es «Puma»! ¡Es él, mírenle!

La que gritaba era Martine Bertier. Animosamente, sujetaba con ambas manos, rasgando casi sus ropas, a un personaje del grupo de viajeros del espacio.

Y ese personaje no era otro que el fornido germano Hermann Scholtz.

—Vaya… — Wilcox y Waldo Logan fueron los primeros en saltar, como disparados por sendos resortes, sobre el rubio y fuerte alemán, reteniéndole, antes de que lograra escapar a los arañazos de la bonita rubia francesa. Era el inglés quien hablaba, mirando irónicamente a Scholtz—. ¿Qué andaba haciendo, amigo?

—Nada —dijo fríamente el alemán —. Suélteme, por favor. Y usted, señor Logan. No hacía nada…

—¿No? —estalló Martine, furiosa. Sus ojos centelleaban. Su prieto seno se agitaba con la respiración jadeante, y el resultado era peligroso para la presión arterial de los caballeros de la «Astral» —. ¿Qué hacía, entonces, registrando en mi bolso?

Muchos ojos se clavaron en Scholtz, esperando una explicación. El bolso de viaje de Martine estaba realmente bastante revuelto. Tenía la tapa alzada. Un pañuelo, estaba a medio salir.

—Pues parece que eso es verdad, señor Scholtz —observó lentamente Nathan Collins, peinándose con los dedos su densa melena nevada —. ¿Qué buscaba?

—Señores, esto es bochornoso —protestó Hermann Scholtz vivamente —. No soy ningún ladrón, ni sospechen eso de mí. Me limitaba a buscar en algunas prendas de viaje, por si localizaba algo. Algo que busco desde hace seis días.

—¿Acaso una cápsula aislante, con «radiotom» dentro? — se burló Carlos Valdés.

—N… no —el alemán tragó saliva — . No era eso…

—¿Qué es lo que ocurre, señores? ¿Qué grito ha sido ése?

Todos se volvieron. En la puerta de la cabina de pasaje apareció el capitán Reeves. Contemplaba la escena con aire ceñudo. Vivamente, Scholtz comenzó a protestar, pero le cortó Wilcox, refiriendo al comandante de a bordo lo que sucedía. Este asintió, preocupado.

Luego miró a Scholtz y preguntó:

—Y bien, señor Scholtz, ¿qué tiene que decir a eso? ¿Qué buscaba usted en ese bolso? Espero que pueda damos una explicación satisfactoria.

—Prefiero hablarlo a solas con usted, comandante —dijo el alemán con voz grave.

—Hable aquí. Creo que todo el mundo tiene derecho a saber en este viaje. Y más, la señorita a quien usted ha molestado con esa acción.

—Bien. Si lo prefiere será así — Hermann Scholtz respiró profundamente. Sus claros ojos se achicaron, mientras parecía reflexionar sobre las palabras que debía emplear—. Verá, comandante. Estaba dormitando en el otro extremo de la sala, cuando observé por simple casualidad, que la señorita Martine Bertier también reposaba, con su bolso junto a ella, herméticamente cerrado. Un grupo de varias personas charlaba, a escasa distancia de ella y dé, su bolso. Volví a adormecerme. Cuando abrí de nuevo los ojos, pocos minutos después, la señorita Bertier seguía dormida, en la misma posición. ¡Y sin embargo, su bolso estaba abierto! Ya no estaba el grupo cerca de ella. Me sorprendió el hecho, y me acerqué cautamente, tratando de ver lo que había ocurrido con aquel bolso.

—¿Por qué, en vez de eso, no avisó a los demás? —preguntó Reeves duramente.

—Preferí investigar por mi cuenta, comandante. Esa es mi falta. Metí la mano en el bolso, pero, evidentemente, mi habilidad es muy inferior a la del hombre que hizo antes esa misma operación, porque la señorita Bertier despertó, comenzando a ponerme de vuelta y media.

—Vamos por partes. Señorita Bertier, ¿quiere mirar si le falta algo? —pidió el capitán Reeves a la joven modelo.

Ella echó una rápida ojeada a su bolso. Luego denegó muy despacio.

—No. Nada. Todo está en orden, comandante.

—En cuyo caso, carece de sentido que alguien abriera ese bolso —hizo notar Reeves a Scholtz, mirándole con mayor aire de sospecha —. ¿No le parece?

—Me creo con derecho a protestar, comandante —intervino con

viveza Nathan Collins.

—¿Por qué?

—Yo era uno de los que charlaban cerca de la señorita Bertier. Y esa referencia del señor Scholtz es acusatoria, insultante. Ninguno tocamos el bolso de la joven.

—Pudo ser otra persona —el alemán se encogió de hombros—. Yo no vi quién era.

—Señor Collins, ¿quién hablaba con usted en ese grupo citado por el señor Scholtz?

—El señor Wilcox y el señor Valdés.

—Cierto —asintió el argentino—. Y apoyo al señor Collins. No vimos nada en relación con ese dichoso bolso. Aunque tampoco condeno al señor Scholtz. El creyó obrar sin duda de buena fe…

—Un momento —era Waldo Logan quien hablaba. El escritor se hizo de pronto centro de todas las miradas. Prosiguió—: Hemos sabido que nada le robaron, señorita Bertier, pero yo no creo que esa fuera la intención del señor Scholtz cuando buscó en su bolso, ni tampoco la de ningún otro. Y si el señor Scholtz miró tan furtivamente, no era por saber lo que faltaba, puesto que ignora su contenido… sino «por saber lo que se había metido en ese bolso».

En el acto, todas las miradas se centraron en el objeto tan debatido: el bolso de viaje de Martine Bertier. La francesita, abriendo mucho sus ojos, fue la primera en tender las manos hacia él. Pero otras manos, firmes y rudas, se lo arrancaron, mientras una voz autoritaria pedía:

—Por favor, señorita Bertier… Déjeme a mí.

Era el capitán Reeves. El jefe de la expedición a Marte tomó el bolso. Comenzó a revolver, detallando cuanto veía:

—Estuche de maquillaje…, peine, con funda de piel…, un espejo, una barra de carmín…, polvos…, un llavero con un colgante en forma de herradura…, un pequeño librito de Astronomía…, un billetero con moneda…, una caja-estuche de perfume francés…, un pañuelo de sedaplast…, fotografías…, sus documentos… una pluma… y nada más.

—Pues todo eso es mío —observó, perpleja, ella. Y de repente, enarcó las cejas—. ¡No! ¡Espere! ¡Mi estuche de perfume va en el maletín! ¡Sí,

estoy segura! ¡Ahí no lo llevo!

Reeves, en silencio, introdujo la mano en el bolso. Muy despacio, la extrajo con la cajita rectangular, de metal plateado. Una marca de perfume francés aparecía sobre ella.

—¿Está segura de que esto no es suyo? —preguntó suavemente.

—Por completo segura —asintió ella—. Tengo una igual. En mi maletín, no ahí…

—Por favor, comandante —era el profesor Yamura el que se adelantaba, con la mano extendida—. Si es lo que suponemos, yo entiendo de eso más que usted. Déjeme ese estuche…

Reeves le miró con desconfianza. Finalmente, cedió. Le tendió el estuche. El japonés lo tomó. Sus manos parecían de porcelana al tocar el objeto. Alzó la tapa, en medio de un expectante silencio.

Waldo Logan estudió a cuantos le rodeaban, esperando captar un gesto, una expresión reveladora. Descubrió interés, curiosidad, escepticismo, avidez, miedo… pero en ninguno era esperanzador Aparentemente, todos parecían ignorar lo que había allí dentro. Aunque uno, de ellos, lo supiera a ciencia cierta.

—Ya está —dijo el profesor Yamura, apartando con suavidad la tapa. Sobre un lecho de espuma azul, emergía un bello frasco dorado, esférico—. ¿Es así un frasco de ese perfume, señorita Bertier?

—Sí. Ese es el que corresponde a ese perfume. Se abre, girando a rosca la mitad de la esfera. Dentro, va el auténtico frasco de vidrio.

Asintió el japonés. Parecía saberlo aun sin su referencia, porque estaba empezando a girar la esferita. Cuando lo hubo hecho, sonrió. Luego, mostró el hemisferio hueco a todos. No había frasco alguno. Solamente un pequeño cubo de metal color plomo. Los dedos aceitunados del nipón rozaron suavemente el objeto en forma de dado.

—¿Qué es eso, profesor Yamura? —Interrogó sordamente el capitán Reeves.

—¿Y aún lo pregunta, comandante? —sonrió el sabio—. Está claro. Es un recipiente aislante de radiactividad, compuesto de una aleación especial de zinc, superacero y «copranlc». Se emplea para materias de alta fuerza radiactiva.», como por ejemplo, el «radiotom». Es un

envase apropiado para diez gramos de ese terrible mineral tan valioso.

—¡Dios mío! —muy pálido, el militar extendió las manos—. ¡«Radiotom»! Déme eso, profesor...

—Oh, sospecho que no servirá de nada —el japonés hizo un gesto de fatalismo—. Desgraciadamente, sólo tenemos eso: el envase aislante...

—¿Eh? —aulló Scholtz vivamente.

—Muy lamentable, señores, pero el «radiotom» produce siempre un ligero zumbido, esté donde esté encerrado. Zumbido que aquí brilla por su ausencia. Es evidente que el ladrón de ese elemento lo ha extraído de su envoltura, para ocultarlo de otro modo. El «radiotom» es muy maleable, capaz de adoptar cualquier forma, a capricho. Pero, sin esta envoltura, es mortal de necesidad. Quiera Dios que su actual poseedor, quienquiera que sea, haya aplicado a su tesoro una nueva envoltura aislante... o todos correremos el peligro de morir sin la menor esperanza de salvación, saturados de energía radiactiva...

El cubito vacío quedó sobre una mesa, a la vista de todos» Las miradas se clavaban en él, fascinadas. Solamente un impacto emocional muy grande podría apartarles de su contemplación.

Y así ocurrió, cuando la voz del teniente Murray llegó, cuajada de angustia, a través del altavoz:

—¡Capitán Reeves, capitán Reeves! ¡Urgente, a los mandos! ¡Acabamos de entrar en la zona de asteroides! ¡Nos precipitamos sobre ellos!

CAPÍTULO III

ASESINATO EN EL ESPACIO

¡Asteroides!

Todos, quien más, quien menos, sabían en aquella nave lo qué significaba la trágica palabra pronunciada por el teniente Murray.

Millones de aquellos pedruscos, minas naturales del espacio,

moviéndose entre las órbitas de la Tierra y de Marte, lo mismo que entre ésta y la de Júpiter, formaban como terribles barreras al avance del hombre. Los asteroides, planetas menores o fragmentos acaso de un planeta que estalló, permaneciendo sus trozos en órbita, eran una ancha franja minada, por entre la que habían de sortear los vehículos del espacio el siempre fatal impacto con cualquiera de ellos. El hecho de que hubiera algunos no mayores de tres metros de diámetro, verdaderos pigmeos en el cielo, simples rocas sujetas a una ley de gravitación universal, no excluía el hecho de que otros, como «Ceres», descubierto por los terrestres en 1801, llegaran a medir casi quinientos metros de diámetro.

Un roce, un leve impacto con cualquiera de ellos, significaba el desastre más completo. La velocidad de la «Astral», unida a la enorme velocidad que desplegaban por el espacio en su invariable ruta los rocosos cuerpos desperdigados, bastarían para aniquilar la nave, sin solución posible.

La urgencia en el tono del joven teniente Murray estaba, pues, bien justificada.

Y también el terror de los diez pasajeros.

Un terror que se reflejó en sus rostros pálidos y congelados, adheridos a los vidrios plastificados de las ventanillas circulares de la nave, con la vista fija en las enormes masas de roca que gravitaban en torno al Sol, como planetas enanos, como mundos microscópicos, pero terriblemente mortíferos, y hacia los que la proa de la «Astral» avanzaba, vertiginosa...

Súbitamente, un enorme pedrusco del espacio, un asteroide de gran tamaño, acaso «Ceres» o «Eros» mismo, cubrió todo el campo visual de los viajeros, precipitándose sobre el cohete de la Tierra...

Un grito repetido por diez gargantas, escalofriante y aterrador, sacudió el interior de la nave. La proa de la «Astral» dio un respingo gigantesco, tratando de huir, movido por el sistema automático del radar y por la mano firme del piloto, a la muerte inapelable que se les venía encima.

La sacudida fue brutal, violentísima, al brincar fabulosamente la blanca nave sobre la masa gigante de roca que les hubiera hecho añicos, al surgir ante ellos, a su enorme velocidad.

El asteroide colosal quedó atrás, siguiendo siempre su ruta, detrás de sus hermanos menores, en un anillo inconmensurable de fragmentos

rocosos en eternos giros a lo largo del Sistema Solar.

La «Astral» enderezó su ruta con mayor suavidad mientras, caídos por el suelo de la cabina central, los pasajeros se rehacían fatigosamente del angustioso momento.

Waldo Logan, sin saber cómo, se encontró con que una figura temblorosa, estremecida, se acurrucaba contra él, como implorando protección y ayuda. Descubrió unos cabello cortos, castaños, una figura esbelta y juvenil, que vibraba, sacudida por el terror. Sonrió, acariciando sus cabellos suavemente.

—Vamos, cálmese —susurró junto al oído de la muchacha—. Cálmese, señorita Alba... Creo que hemos salvado ya el peligro... Por lo menos, el de los asteroides.

Ella alzó el rostro. Estaba muy pálida. Le sonrió débilmente.

—¡Oh, qué tonta soy! —gimió apartándose con dificultad de él — . Perdóneme, Logan...

—No hay nada que perdonar —sonrió Waldo —. Ha sido muy agradable sentirla tan cerca, aunque no lo fuera tanto notar que se estremecía, llena de pánico. Hubiera querido hacer algo por usted, pero yo no soy uno de los personajes de mi novela, capaz de salir y destruir esos asteroides con un arma maravillosa.

—A veces, el arma más maravillosa es el buen humor y la comprensión, Logan —le volvió a sonreír, ahora más animada—. Gracias. Creo que ya me siento mejor. Cada vez comprendo más lo injusta que fui con usted en el aeropuerto de New York.

—Olvidemos eso, recuerde que lo prometió —Waldo sonrió, tomándola por el brazo, y avanzando hacia el bar automático—. Venga. Necesita un brandy, lo mismo que yo...

Pasaron junto a la aterrorizada Sandra Lee, presa de un ataque de histérico miedo, que en vano trataba de combatir Ronald Wilcox, después de tirar a un lado su cámara tomavistas de la televisión, que había tenido la serenidad de utilizar, para captar imágenes del titánico duelo con los aerolitos.

Más allá, era Martine Bertier la que precisaba los auxilios de Van Kraken, Collins y Carlos Valdés, para recuperar el conocimiento. La linda modelo francesa se había desvanecido durante los dramáticos instantes pasados.

—El sexo débil sigue siendo débil a pesar de los siglos —comentó burlonamente Scholtz, inclinado sobre una copa de licor, en el bar, mirando de soslayo a Waldo y a Teresa.

—Pues usted no parece muy fuerte tampoco —observó Logan sarcástico.

—Blanco, en la diana —rió el alemán—. Cierto, Logan. Usted ha visto el miedo que tengo. Pero no es a esos aerolitos solamente...

—¿A qué? ¿Acaso a la investigación que van a iniciar sobre usted en cuanto lleguemos a Marte? Parece ser que sigue siendo sospechoso para el capitán Reeves. Podía leerse en su cara.

—¡Oh, eso no me preocupa! —rió de nuevo, y se sirvió otra copa. Waldo se preguntó sí no estaría algo ebrio. Su locuacidad parecía confirmarlo así. Inclinándose ahora sobre él, se puso un dedo en los labios—. No lo diga a nadie, Logan. Pero yo no puedo temer investigación de ningún género...

—¿No? —Waldo le miró, dubitativo—, ¿Acaso está por encima de todo eso?

—Sí... —miró en derredor. Luego, clavó los celestes ojos en el joven y en Teresa —. No digan nada, por favor. Confío en ustedes, muchachos. Soy agente del Servicio Especial de Investigación Europeo sobre Asuntos Atómicos.

—¡Cielos, qué cosa más larga y complicada de decir! —rió Teresa de buena gana.

—Ríase, señorita, pero es cierto —afirmó Scholtz. Bajó más la voz para añadir—: He venido para averiguar algo que ocurre en Marte. No sé siquiera lo que es, pero ocurre algo en la «Estación Tierra», y el Servicio Especial me ha designado a mí. Ahora, casualmente, me enfrento al misterio de «Puma» y su sensacional robo. Mató a dos hombres para lograr ese «radiotom». Pero hay más. Ha matado a otros muchos, antes de Russell y un guardián nocturno de la Base. Es un asesino, una bestia cruel y feroz... Yo... «yo creo que sé ya quién de entre los ocupantes de esta nave es», Logan.

Así de sencillamente lo dijo. Waldo le miró, atónito. Teresa casi soltó de la mano el vaso de brandy que Logan le había entregado. Ambos miraron a Scholtz con estupor. El germano sonrió enigmáticamente, volvió a indicar silencio con un dedo sobre sus labios y empezó a alejarse, murmurando:

—Solamente «creo que lo sé». No puedo hacer acusaciones, no estando seguro. Pero lo estaré. Y localizaré también el escondite del «radiotom». ¡Entonces será el momento de levantar un dedo… «y señalar a alguien»!

Soltó una risita y se alejó.

* * *

—¡Allí está! —el dedo de Hermann Scholtz señalaba fijamente, con obstinación.

Por un momento, Waldo Logan tuvo la impresión de que acusaba a su supuesto sospechoso, aquél a quien citara dos días antes. Pero no era así.

Estaba señalando a alguien mucho más importante. Al mitológico Dios de la Guerra, al nombre bélico, dado al rojo cuerpo esférico que ahora asomaba ante ellos, al otro lado de las ventanas de la «Astral».

Marte…

El misterioso mundo rojo aparecía como una extraña, fascinadora naranja, en la negrura pavorosa de los cielos. Phobos y Deimos, sus diminutos satélites, brillaban cerca, dos simples chispas de luz en el vacío. Los achatados polos de Marte mostraban sus manchas blancuzcas, sin duda hielos acumulados durante siglos, en la fría temperatura marciana. Ahora se hallaba su polo superior en la época media de su período de deshielo y congelación trimestral. Su extensión blanca era, pues, mediana.

¡Marte! ¡Y tan cerca! —susurró Tanaka Yamura, avanzando como fascinado hacia el ventanal, clavando sus ojos almendrados en el mundo enigmático que tanta literatura y tanta teoría provocase a lo largo de los tiempos—. Parece imposible…

La cámara tomavistas de telefilms zumbaba entre las manos expertas de Ronald Wilcox, captando para futuros televidentes de la Tierra las privilegiadas imágenes del mundo marciano.

Waldo, mecánicamente, empezó a tomar notas. Carlos Valdés, a su lado, rió burlón.

—Vaya... ¿Quiere hacerme la competencia?

—¿Cómo? —Waldo se volvió sorprendido hacia el argentino—. No le entiendo...

—Me olvidé decirle mi verdadera profesión —dijo Valdés, divertido —. Soy una especie de chismoso que habla para millones de atentos oyentes. Pero no oyen mi voz, sino que la leen impresa. ¿Entiende ahora?

—¡Oh! ¿Es periodista?

—Eso es. Redactor especial de la Agencia de Noticias de Hispanoamérica. ¿Va a escribir crónicas marcianas, como Ray Bradbury hace cien años... o un libro excepcional sobre el auténtico espacio, con sus aventuras vividas?

—Aún no sé lo que haré. Supongo que, a mi regreso, me pagarán bien mis impresiones viajeras. Sean en libro o en artículos.

—¿A su regreso? —Carlos Valdés lanzó una suave carcajada que a Waldo no acabó de gustarle—. Pero, mi querido amigo..., ¿ha pensado en la posibilidad de que «no» regresemos nunca?

Y se alejó, sin darle tiempo a replicar. Waldo enarcó las cejas. Claro que había pensado en ello. Valdés era pesimista ahora, pero no más que los otros. Seguramente todos se habían preguntado ya muchas veces si alguna vez pisarían de nuevo la vieja y querida Tierra...

Siguió mirando, fascinado, hacia Marte. A su lado, Wilcox le alentó:

—Escriba, escriba, Logan. Esto puede ser un bonito libro de anticipación... sin anticipaciones. Cuando lleguemos a ese rojo fantasmón del cielo, le proyectaré los telefilms, revelados, por si le son de alguna utilidad. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Y gracias...

Wilcox, que se había vuelto mientras tomaba película sin cesar, regresó su objetivo hacia los negros cielos tachonados de astros. Waldo apuntaba frenéticamente en su libro de notas. Las mujeres, reunidas con esa rara fraternidad del sexo femenino ante algo realmente desusado e inquietante, formaban grupo aparte.

Nathan Collins, surgiendo junto a Waldo, clavaba sus ojos helados en el vacío, en el panorama celeste, casi con odio, con rencor a algo

inmaterial. Al espacio mismo, negro y hermético.

—El murió..., acaso cuando veía la Luna como nosotros vemos a Marte —dijo roncamente, como fascinado—. Ese gran asesino negro, ese vacío horrible y maldito, terminó con él.

Logan se volvió. Sintió piedad por el australiano del cabello blanco de nieve.

—No diga eso, Collins —musitó—. El espacio no es el asesino. Los somos nosotros mismos, enviando a otros semejantes a la muerte. O siendo voluntarios de esta gran locura que alguna vez será sublime, maravillosa, y habrá significado la conquista de lo inconquistable. Todo progreso, todo avance humano, tiene su tributo amargo, doloroso, y triste. Por eso el triunfo, después, vale más aún.

—¡Este triunfo no significa nada para mí! —jadeó Collins—. ¡La vida de mi hijo me era más preciosa que saber conquistado a Marte, a Venus, a Saturno..., al Universo entero!

—¿Y se ha parado a pensar lo que significa usted para el Universo, para el mundo mismo? Es uno más, uno como nosotros. Aunque le sobren millones, fama y prestigio. Otros habrán muerto, no será solamente su hijo el héroe caído en el espacio. Pero no por eso se puede frenar o dar marcha atrás. Después de todo, él fue voluntario. Eligió ese destino. ¿No ha sido hermoso, después de todo, morir por algo tan sublime? Yo admiro a su hijo por lo que dio, para hacer esto posible. Otros le admirarán también. Cuando pasen los años, y ya nadie se acuerde de los que se quedaron cómodamente en casa, como espectadores de las hazañas ajenas, su hijo será siempre recordado. El nombre de Edmond Collins, copiloto del «Selenio R», quedará vivo siempre, inmortal.

—¿Usted... usted sabe... cómo se llamaba él? —había lágrimas en los duros ojos azules del australiano, cuando se volvió a Waldo.

—Ya le he dicho que hay cosas que sobreviven al nombre mismo. Su valor, su gloria..., su nombre. Sí, sé cómo se llamaba. Lo recordé al oírle hablar a usted cuando salimos de viaje. Los héroes nunca mueren, señor Collins... X

El hombre repitió:

—Los héroes nunca mueren...

Abatido, Collins se alejó de Waldo.

Fue entonces, al apartarse de los ventanales a los que se agolpaba el pasaje, cuando lanzó un grito terrible, estridente. Su mano señaló al centro de la sala, trémula. Y exclamó:

—¡Dios mío, miren ahí! ¡Está muerto...!

Todos se volvieron. Ocho cabezas aterrorizadas giraron bruscamente hacia el punto donde sonaba la voz desencajada de Nathan Collins.

Waldo Logan y Tanaka Yamura fueron los primeros en reaccionar. El japonés y el joven yanqui, llegaron antes que nadie adonde yacía el cuerpo tendido boca abajo, con la empuñadura de un afilado estilete, asomando en su nuca, justamente sobre la base misma del cráneo.

No hacía falta volverlo, porque el corpachón fornido, macizo, de ancho cuello teutónico, solamente podía corresponder a quien era la víctima. Hermano Scholtz, el alemán.

—Está muerto, si —asintió fríamente Yamura, dueño siempre de sus nervios, tras una rápida comprobación —. Debió morir en el acto. Un hábil golpe el que le dieron.

Logan le miró, aturdido, por encima del cadáver del infortunado Scholtz. Lamentó no haberle hecho más caso cuando, cuarenta y ocho horas antes, dijera: «Sé quién es... y pronto podré levantar el dedo para señalar a alguien.»

Ahora estaba muerto. Ya no podía señalar a nadie. Muerto, sin duda porque estaba en lo cierto ¡Porque «sabía» quién era'"«Puma», entre los pasajeros de la «Astral»!

Un silencio de vivo horror se condensó un momento sobre los viajeros. Luego, Teresa Alba gritó desgarradoramente y rompió en sollozos, abrazándose a Martine Bertier, que, intensamente pálida, mantuvo la suficiente serenidad como para aferrar a su compañera y tratar de serenarla.

—Nadie se clava un estilete en la nuca, por sí mismo — habló roncamente Ronald Wilcox, encargándose de afrontar con valentía la fea realidad—. Por tanto, es indudable que uno de nosotros ha asesinado a Hermano Scholtz.

* * *

Acaso era la primera vez que ello ocurría en la historia de los mundos.

El primer funeral interplanetario. El primer cuerpo humano lanzado al espacio, con el rito sencillo y trágico de cualquier nave marítima, al sumergir en las aguas un cadáver de a bordo.

Eran once rostros pálidos y nerviosos los que se miraron entre sí. Once rostros que giraron hacia los ventanales. En el vacío, flotó ante ellos, como un cuerpo celeste más, la forma humana de Scholtz. Por un momento, pareció que la atracción del proyectil iba a llevarlo adherido a sí durante el viaje. Luego, con el rostro inmóvil del muerto dando un tumbo extraño ante uno de los ventanales, el cuerpo humano, rígido y sin vida, se alejó hacia la negrura infinita, engullido por el vacío…, un aerolito más en los cielos…

Reeves estaba mortalmente pálido, blanco como su propio uniforme, cuando habló a los viajeros con voz grave:

—Ahora, señores, lamento tenerles que decir que iniciamos una encuesta para localizar al asesino. Es indiscutible que el que clavó el arma a Scholtz, es uno de nosotros. Hasta llegar a Marte, hay tiempo de investigar. Y si una vez posados en tierra marciana, persiste el misterio sobre la identidad del culpable, a quien yo no vacilo en acusar como «Puma», todos ustedes quedarán sujetos a las Leyes del Espacio Exterior, que les mantendrán sujetos a la autoridad y justicia de la Colonia Terrestre.

—Esa autoridad, ¿qué extensión de Marte abarca? —curioseó Hans van Kraken bruscamente.

—Toda aquella ocupada por el hombre, señor Van Kraken. Todo Marte, naturalmente…

—Mientras no se demuestre que existen seres en Marte, con mayor derecho legal a ser propietarios y jueces en su propio mundo —rectificó suavemente Yamura.

—Eso es —asintió, algo sorprendido, Reeves. Miró al japonés con desconfianza—. No se le pasa nada por alto, ¿eh, profesor?

—Sí. El tópico del sabio distraído pasó de moda, hace cien años, comandante —rió el nipón entre dientes, muy suavemente. Se debe pensar en todo, si se quiere llegar a alguna parte.

—Gracias por el consejo. Yo también pensaré en todo para llegar a un sitio: ¡al que mató a Hermann Scholtz, a bordo de mi nave! Por favor, teniente Murray, comience a anotar.

Vamos a interrogarlos a todos uno por uno…

* * *

El resultado de la encuesta no fue muy esperanzador ni satisfactorio. Aunque era imposible, de ello se dedujo que todos eran inocentes y honestos como auténticos angelitos.

Todos habían estado mirando hacia Marte, cuya cercana presencia, ante la visual de los viajeros, fue precisamente advertida en primer lugar por el difunto Scholtz, según recordó Waldo Logan en su declaración. La atención hacia el planeta rojo duró cosa de dos o tres minutos. Tiempo sobrado para que cualquiera dé ellos, dejando de atender a la fantástica visión celeste, hincara en la nuca del alemán el estilete, volviendo en el acto a su fingida admiración por lo que acontecía fuera de la nave.

Nathan Collins, el primero en volverse, fue el que halló el cuerpo. Yamura y Logan, los que le examinaron antes. Y nadie más se acercó después a él. Lo que interesaba, era saber quién se acercó antes.

Pero nada resolvieron al respecto. Una y otra vez, ante los rostros sudorosos y fatigados de Reeves y Murray, que habían de alternar el pilotaje de la «Astral» con la marcha del interrogatorio, desfilaron los nueve viajeros. Sus declaraciones fueron idénticas. Todos se aferraban a su inocencia a toda prueba.

Era un callejón sin salida. Y el capitán Reeves lo sabía.

Finalmente, con un seco puñetazo sobre su mesa, habló tajante:

—Está bien, señores. Sé que ocho de ustedes dicen verdad. Estoy por descontar a las mujeres, que en mi criterio no son sospechosas, y deducir a cinco los posibles culpables. Pues bien, aun siendo así, de esos cinco, solamente cuatro dicen la verdad. ¡Uno miente! Uno de ustedes es el asesino… y quisiera saber «por qué», para llegar al «quién».

—Eso, se lo puedo decir yo, capitán —intervino Waldo Logan serenamente.

—¿Eh? —Reeves dio un respingo—. ¿Usted? ¿Qué es lo que sabe usted?

—Creo saber por qué mataron a Scholtz. Pero eso no nos resolverá la otra pregunta.

—¡Vamos, hable! ¿A qué se refiere, Logan?

—Hermann Scholtz era miembro del Servicio Especial de Investigación de Asuntos Atómicos en Europa. Viajaba para descubrir algo que él sólo sabía y que no nos refirió. Pero sí dijo que creía saber la identidad de «Puma», entre los ocupantes de este vehículo. Es evidente que «Puma» le oyó, o receló la verdad. Y acabó con él, silenciándole definitivamente.

—¡Maldición! —rugió el capitán Reeves, furioso—. ¡Esto cada vez se complica más!

Pero no sabía él bien lo que iba a complicarse después.

Porque de repente, comenzó a vibrar el zumbador de radio-espacio-fonía, y el teniente Murray se lanzó apresuradamente a la estación emisora-receptora, aplicándose los auriculares y comenzando a hablar excitadamente en clave. Las respuestas que recibía, entre firmes asentimientos de cabeza, las iba anotando en un bloc, ante él.

Reeves y los demás, vueltos hacia él, esperaban el resultado de la imprevista llamada. Al final de la misma, Murray se arrancó los auriculares, tradujo rápidamente el texto recogido en clave, y corrió hacia Reeves, agitando el papel. Se lo entregó, hablando rápida e ininteligiblemente en voz baja.

El comandante tomó el papel lo leyó con aire preocupado, y luego miró a sus pasajeros con expresión taciturna.

—Señores, creo que les puedo anunciar ya dos cosas. La primera de ellas, es que pasado mañana, si todo marcha bien, llegaremos al planeta Marte. La segunda… que tal vez el posarse sobre el suelo marciano, no sea tan fácil como esperábamos. Me notifican de la «Estación Tierra», que hay grandes tempestades de arena. Tempestades como jamás soñaron ustedes en conocer en Sa Tierra, que alzan la arenisca a cientos de millas de altura, convulsionando toda la faz del planeta, y provocando cataclismos terribles. A través de

una atmósfera cargada de dióxido dé carbono y nitrógeno, que forma un aire tenue, seco e irrespirable para nosotros, habremos de penetrar en ese mundo, para tratar ele posarnos sobre unos desiertos hostiles, duros y peligrosos que ahora se conmocionan con temporales que jamás hemos imaginado siquiera. No dispongo de combustible para esperar a que el clima marciano mejor®, dando vueltas en torno al planeta. Por fuerza... «hemos de "aterrizar"», con todas sus consecuencias.

CAPÍTULO IV

ESTACIÓN EN MARTE

De nuevo allí, con las abrazaderas metálicas cerrándose en torno a sus cuerpos. Otra vez adheridos a los rojos asientos de la cabina central de la «Astral». Una de las butacas estaba vacía. Pero ahora nadie pensaba en eso.

Por el altavoz, brotó el sonido familiar de las palabras del teniente Murray:

—Señores, no teman los fenómenos físicos que adviertan en los minutos siguientes. Los efectos de la deceleración siempre se dejan notar. La gravedad de Marte es, por otro lado, distinta a la de la Tierra. Un objeto de cien kilos de peso en nuestro mundo, solamente pesaría aquí treinta y siete. Por tanto, no les aconsejo comerciar... —rió, suave y animosamente—. No harían buenos negocios, por favor, manténganse firmes en sus asientos, que nadie suelte las abrazaderas. La nave sufrirá sacudidas violentas cuando se aproxime al suelo, y también cuando los reactores obren en forma retardada, para frenar la calda de popa de nuestro cohete sobre Marte. Por lo demás, las condiciones metereológicas son fatales. El viento aumenta su velocidad. La atmósfera de Marte, demasiado tenue, ayuda a que los vientos sean verdaderos ciclones. El suelo es seco y terroso, y vamos a penetrar por entre verdaderos torbellinos de polvo, para buscar el aterrizaje. Nuestro super-radar nos ayudará a localizar las pistas de aterrizaje de «Estación Tierra»..., pero siempre se corre el riesgo de que el viento y el polvo provoquen alteraciones en las ondas detectoras del radar. Por favor, les repito: ocurra lo que ocurra, conserven la serenidad. Vamos a descender sobre Marte. Posaremos, a

pesar de todas las dificultades…

Después, se hizo el silencio. En realidad, no hacía falta más de lo que había dicho el teniente Murray por los altavoces.

La nave si situó en punta hacia el rojo disco de Marte, que creció y creció ante los ojos fijos de los dos pilotos de la «Astral». Los viajeros, por fortuna para ellos, escapaban a la presencia de ese momento dramático, porque los visores de la sala central estaban desconcertados, para evitar histerismos y terrores inútiles.

Reeves y Murray, aferrados a los mandos de la «Astral», movieron la nave blanca y centelleante por entre una densa capa de brumas atmosféricas. Poco a poco, y mientras la nave hendía los gases, rasgándolos camino de la superficie de la rojiza naranja que era el planeta misterioso de nuestro Sistema Solar, el aire se aclaró. Se hizo diáfano, ofreció escasísima resistencia a los potentes reactores de la nave, y Reeves, hábil conocedor de los problemas marcianos, manipuló los mandos con una habilidad que hizo parpadear de asombro al joven teniente, cuyas manos se aferraban al piloto supletorio, en previsión de cualquier fallo del comandante.

La «Astral» silbó, estridente. Su aguda proa parecía cortar

como un afilado estilete el aire cargado de carbono, vapores acuosos y nitrógeno. Hasta que estuvo muy cerca de ia superficie misma de Marte, cubierta de un denso, impenetrable polvo rojo, no comenzó a evolucionar, en plena marcha, variando su situación.

Las últimas capas atmosféricas fueron rebasadas en el descenso. Súbitamente, todo se hizo denso, oscuro, a través de los visores del astro-cohete. Solamente el super-radar funcionó, marcando las ondas luminosas de sus pantallas el avance del vehículo sideral hacia su punto de destino.

Marte, increíblemente próximo, estaba a sus plantas. Sacudido por un violento ciclón, barrido por tormentas apocalípticas, que alzaban nubes de polvo escarlata hacia las alturas, envolviendo al cohete que el hombre enviaba a su superficie.

— ¡Estamos en plena zona de tempestad, comandante! — avisó Murray, sobre el zumbido ensordecedor de reactores, aire y tormenta —. ¡Y solamente a mil metros del suelo!

Asintió Reeves. Ya sabía él eso. El altímetro había descendido vertiginosamente. Estaban sobre la tierra de Marte, a un kilómetro

escaso. Las violentas ráfagas de viento les sacudían, haciendo peligrar el rumbo de la nave, guiada por las grandes torres de control remoto de «Estación Tierra». Las ondas emitidas por la Colonia terrestre, ai golpear los receptores de super-radar, guiaban a ciegas el vehículo del espacio, a través de toneladas y toneladas de polvo revuelto, en una auténtica masa de arena en torbellino.

Descendió…

Siempre en vertical, los reactores de popa apuntando al suelo, el blanco proyectil terrestre tocó tierra. Los tubos de los gigantescos cohetes de reacción barrieron con sus vomitones de llamas y humo el suelo casi virgen. Los estabilizadores de popa, los estabilizadores de emergencia y los frenos automáticos de reacción, entraron en acción inmediata. Una violenta sacudida conmovió el cuerpo del cohete, y con él a sus ocupantes. Once personas, once pioneros de los cielos, se estremecieron, sacudidos por el impacto al tocar suelo marciano.

Los motores frenaron en seco, los tubos dejaron de despedir llamas, el vehículo entero se quedó quieto, rígido, erguido como una blanca torre en medio de la tempestad pavorosa que asolaba la llanura de Marte.

—Según el super-radar, estamos a media milla de la «Estación Tierra», a diez grados dirección Nor-noroeste —indicó Murray, tras una rápida acotación sobre el mapa mural de la superficie meridional de Marte, elegida por los terrestres para establecer su base—. De la torre de mando, indican que no tratemos de efectuar nuevas maniobras, hasta que amaine el temporal. Es el segundo que conocen en Marte, y aseguran que si bien son terribles y aparatosos, su duración es relativamente breve.

—¿Breve, y llevan dos días así? —refunfuñó Reeves, irritado.

—Esperan que esta noche se desplace hacia el Norte, a las regiones inexploradas. Y el día marciano, apenas si es unos minutos más largo que el nuestro…

—Sí, teniente Murray. No me lo recuerde, que conozco perfectamente sus características. Nadie se lanza a tripular una nave hacia un mundo ignorado sin procurar enterarse de algo relativo a él.

Mientras tanto, en la cabina central, los visores habían sido conectados, para que los viajeros advirtiesen claramente su situación. Hubo gritos de júbilo cuando descubrieron que estaban ya sobre suelo firme. Pero la visión de nubes densas, turbulentas, de rojo polvo

arenoso, les desalentó.

—Marte no nos acoge muy alegremente —comentó sombríamente Van Kraken.

—En cambio, resulta un espectáculo terriblemente hermoso, fascinador —juzgó Wilcox, soltando sus correas metálicas, para tomar el aparato cinematográfico, con el que comenzó a captar planos de la borrasca reflejada por las pantallas visoras.

Luego se acercó a los ventanales. A través de ellos, la visión apenas si era positiva. Solamente un constante golpear de partículas rojas sobre los cristales plastificados. Pero Wilcox, impertérrito, siguió dando marcha a su máquina tomavistas.

—Todo sea por la dichosa televisión —suspiró Teresa Alba.

—Usted no puede quejarse de ella —rió Valdés—. ¿No ganó en ella el derecho a este viaje?

—Claro —Teresa le miró, irritada —. ¿Cree que no es para quejarse? Pude haber ganado otro concurso...

—No diga eso —intervino Logan —. Entonces, no la hubiera conocido...

—¿De qué servirá eso, si morimos enterrados en arena roja, sobre este horrible mundo? —se estremeció Teresa.

—Caramba, es usted como para animar a cualquiera, señorita Alba —refunfuñó Wilcox, volviendo muy satisfecho con su tomavistas al hombro—. Espero volver sano y salvo a mi viejo y querido planeta...

—También lo esperaba sin duda Hermann Scholtz —dijo de repente Martine Bertier con voz ronca —. Y ya sabemos todos dónde se ha quedado para siempre...

La observación de la modelo francesa cayó como una ducha helada sobre todos. Se miraron en silencio, desconcertados y alicaídos. Únicamente la voz de Murray, de nuevo optimista a través de la rejilla amplificadora, les logró devolver algo la moral:

—Estamos en Marte, señores viajeros de la «Astral» — informó alegremente—. A media milla de la «Estación Tierra». Cuando la noche marciana llegue, lo cual ocurrirá treinta y siete minutos y veintitrés segundos después que en la Tierra, decrecerá el temporal,

según los meteorólogos de la torre de control de nuestra Colonia. Solamente hace falta, pues, un poco de paciencia. Y entonces, volveremos a pisar tierra todos. Aunque sea la tierra marciana.

— Bueno —suspiró Van Kraken —. Si resistimos este torbellino, no creo que haya nuevos peligros, ¿no les parece?

Algunos asintieron. Las dudas subsistían, la verdad. Pero nadie quiso expresarlas en voz alta. Era mejor confiar. Confiar en que el optimismo del joven teniente estuviera justificado.

* * *

Su aspecto resultaba extraño, dentro de los trajes espaciales de distintos colores. La brillante materia plástica de los raros atavíos, como buzos interplanetarios, se cerraba en torno al cuello, donde ajustaban las esferas cristalinas de sus escafandras, dotadas de aire respirable y de presión, lo mismo que el resto de sus ropas, con las suelas magnéticas, adherentes, para evitar las bromas de la diferencia gravitacional.

El boletín meteorológico había resultado cierto. La noche de Marte, con Phobos y Deimos brillando fríamente en la noche oscura, triste y desolada del planeta escarlata, ya no presentaba rastros de la terrible tempestad arenosa.

— Vayan saliendo a la antecámara —señaló la voz de Murray —. De allí, tras un período de varios minutos de adaptación a la presión marciana, irán recibiendo órdenes para salir y pisar la superficie de nuestro planeta anfitrión.

Como singulares fantasmas o seres de otro mundo, los nueve viajeros, dotados de ropas espaciales, salieron de la cabina central. Tras unos minutos de espera en la antesala de adaptación, la voz de Murray les llegó por otros altavoces:

—Número uno… Color Rojo.

El buzo rojo avanzó. Era Waldo Logan. Casualmente, al joven escritor le había correspondido el honor. Sus pies pisarían en primer lugar la superficie marciana. El orden de colores le favorecía. A través de los audífonos interiores de la escafandra le llegó la voz de un

expedicionario:

—Enhorabuena, muchacho. Suerte…

—¡Gracias!

Hizo un gesto con su brazo, a cuyo extremo, la mano enfundada en rojos guantes de espeso material saludó a los demás compañeros. La compuerta de salida se abrió. Salió Logan…

Nunca olvidaría aquello. Por mucho que viviera. Alcanzó la cabina de salida. Y luego, la escala, tras la descompresión total. Caían los tramos flexibles, hasta golpear aquel suelo árido, llano y cobrizo. Se percibían, en la diáfana atmósfera marciana, el ulular de un aire gélido, barriendo el polvo rojo, levantando a ras de tierra unos torbellinos cárdenos de arena, que se enroscaban en torno a las pesadas botas blancas del uniforme o «mono» plastificado.

Algunas briznas arenosas se estrellaban, chirriantes, contra la escafandra. Waldo Logan miró su termómetro adherido al pecho del uniforme. Treinta y dos grados bajo cero. No estaba mal. Si aquello era en la zona meridional del planeta, daba escalofríos imaginarse lo que sería en los polos. Además, teóricamente, era verano en la zona elegida para aterrizaje.

—Bonito verano —refunfuñó—. ¿No tendrán playas en este feo mundo?

A su espalda, salió el viajero vestido de azul celeste. Era Tanaka Yamura. El japonés pareció extasiado, al pisar Marte. También todos los demás, a medida que salían, formando curiosas manchas verdes, amarillas, blancas, azules, rojas y violáceas, sobre el mundo semivirgen.

Waldo comprobó que Marte era un planeta moribundo. Lo acusaban sus llanuras sin fin, rojas y frías, sin vegetación alguna. Tersas, silenciosas, interminables. En la distancia había montículos, elevaciones. Pero peladas, redondeadas en sus cumbres sin aristas, que limaban los vientos y arenas de siglos enteros. Erosiones fantásticas en la roca, dejaban orificios a través de los cuales, llegaba el fulgor lejano, glacial, de azulados astros.

El polvillo rojo seguía revoloteando, agitándose como algo vivo a sus pies. Los dos satélites de Marte, cercanos y diminutos, tan fríos y muertos como el propio planeta al que rodeaban, brillaban allá, en la distancia. El uno, a siete mil kilómetros nada más. Deimos, ya estaba a

más de tres veces esa distancia.

Los últimos en descender utilizaban un mismo color para el «mono». Con las insignias de la Fuerza Aérea Espacial muy visible, en color fosforescente, luminoso, sobre sus pechos.

—¡En marcha! —avisó Murray, llegando su voz a los expedicionarios. Señaló hacia el Sudoeste—. Allí está la estación terrestre. ¿No ven su brillo?

Waldo lo vio. En principio, parecía una enorme burbuja centelleando entre las rocas peladas. Pero esa burbuja, al acercarse, resultó ser la campana de vidrioplast que cubría la ciudad terrestre, la base marciana de la Tierra. Una alta torre metálica, junto a la campana o hemiesfera de vidrio, se alzaba en la noche, con un ojo luminoso, que barría las proximidades, como un faro.

Les esperaban. Había un grupo de diez hombres, armados de pistolas electrónicas. Todos con el emblema de las Fuerzas Aéreas del Espacio, en sus brillantes «monos» azules.

Un tanque-oruga, movido a distancia, por control remoto, con largas antenas vibrátiles, se hallaba parado en el claro, ante la ciudad cubierta. Fueron conducidos a él, y el tanque- oruga se puso en movimiento, sobre la arena, hasta penetrar por una abertura deslizante, en la parte inferior de la hemiesfera vidriosa.

Ya estaban dentro de «Estación Tierra»...

CAPÍTULO V

CRIMEN MARCIANO

El coronel Stuart Rand respiró con fuerza antes de hablar:

—Bien, señores. —Les miró uno por uno. Los nueve personajes recién llegados a Marte le escuchaban atentamente, alineados en su amplio despacho—. Ignoro quién de ustedes pudo matar a Hermann Scholtz y por qué. Ignoro si realmente «Puma» es uno de los nueve, o la muerte de Scholtz tuvo otra razón. Pero lo cierto es que, lamentándolo

mucho, me veo obligado a indicarles que no abandonen la ciudad cubierta sin mi permiso, en modo alguno.

—Somos turistas, coronel —advirtió suavemente Van Kraken—. Retenernos a todos, por sospechas sobre un solo culpable, es arbitrario e injustificado.

—Señor Van Kraken, sus documentos están en regla. Sus declaraciones parecen sinceras. Pero no puede ser así. Uno de ustedes miente, no sé quién. Se ha cometido un crimen. Se pueden cometer otros, y la seguridad misma de nuestra Estación, correría serio peligro, con un asesino suelto. Esperaremos informes de la Tierra, y entonces obraremos en consecuencia. Entretanto, lamento decirles que nadie puede abandonar esto. Aparte, que no llegaría muy lejos el que intentara huir. Esa llanura de arena roja no tiene fin. O, al menos, ninguno de nosotros se lo ha visto aún. Y eso que hemos llegado a alejarnos hasta treinta y cuarenta millas en una u otra dirección.

—¿Y los famosos «canales» de Marte, coronel? —intervino Yamura —. ¿Existen?

—Profesor, no sé si existen o no. Yo, al menos, no los he visto. Es posible que se hallen en otro hemisferio. Aquí, no hay rastro de nada que sugiera la presencia de un ser vivo.

—¿Ni siquiera animales… o insectos? —se sorprendió Carlos Valdés.

—Animales, no hemos vislumbrado ninguno en los meses que llevamos en Marte. Pero hemos visto huellas de insectos. Huellas por cierto bastante grandes. Tanto que imagino que las hormigas o cosa parecida, si realmente existen aquí, son del tamaño de caballos o poco menos.

—¡Dios mío! —Sandra Lee se estremeció—. Como en las películas…

—Supongo que mucho más desagradable, señorita Lee — refunfuñó el militar que estaba al frente de «Estación Tierra». Luego, sonrió con aire forzado—. Bien, señores, en nuestra «Estación» tienen distracciones, y libre circulación. No es una ciudad, propiamente dicha, sino un campamento reducido. Pueden recorrerlo a su antojo.

—Ya es algo —comentó Nathan Collins secamente.

—Coronel, yo quisiera tener un permiso especial para salir al exterior cuando sea de día — objetó Ronald Wilcox—. He de tomar telefilms para mi emisora, y…

—Se le concederá, acompañado de alguien de esta base, señor Wilcox. Ahora, les deseo buenas noches. Sus alojamientos están dispuestos ya. Dentro de la base, naturalmente, no precisan sus escafandras ni trajes a presión. Tenemos atmósfera, presión y toda clase de elementos adaptados a nuestras necesidades. Pero fuera de esa campana de cristal que nos cubre, la temperatura nunca supera los veinte grados bajo cero. Y baja, en cambio, hasta los cincuenta o sesenta durante las noches invernales. ¿Comprenden ahora por qué no hay vida en Marte?

Salieron del despacho. Y del edificio central del Mando, Pudieron dispersarse por las escasas calles que discurrían por entre edificios grises y sólidos. El suelo terroso, rojo, era el mismo del exterior. Eran las condiciones climatológicas las que cambiaban. Y la composición del aire, idéntica al de la Tierra gracias a los generadores de oxígeno.

Sobre ellos, fa cúpula cristalina, transparente, era como el caparazón protector contra el gélido aire del planeta agonizante. El coronel había tenido razón. Había cinematógrafos, cantinas y locales de reunión. También biblioteca, fonoteca y visioteca, en un lugar llamado Archivo de la Palabra Impresa, Grabada y Fotografiada.

Waldo observó que Sandra Lee se decidía por la cantina, y Ronald Wilcox se ofrecía con sospechosa insistencia a hacerla compañía. En cambio, Martine Bertier eligió la sala de proyección, y Carlos Valdés, el sonriente sudamericano, se apresuró a seguirla.

—Hombres y mujeres —comentó con un suspiro, echando a andar junto a Teresa Alba—. El mundo no cambia… ni siquiera en Marte.

—Y, por lo que veo, tampoco usted es de los que gusta cambiar —rió ella.

—¿Eh? ¿Por qué yo?

—Me está siguiendo a mí. Y yo soy una mujer. ¿O no se ha dado cuenta?

—La más maravillosa y encantadora mujer que conocí jamás. ¿Quién no se daría cuenta de ello, nada más con presentirla?

—Vaya. Su salto al espacio le ha sentado bien. Allá abajo era mucho menos cortés,

—Por favor, ¿ya va a volver a sacar aquello a colación? Además, no soy cortés, sino sincero. Es usted una criatura encantadora. ¿Cómo se metió en este jaleo?

—Todo el mundo lo sabe. Fui a la Televisión, y gané el derecho a este viaje.

—Sí, sí, pero ¿cómo se presentó a ello? El espacio no se ha hecho para mujeres…

—El primer premio era una fortuna muy tentadora, Logan —sonrió Teresa —. Por eso me presenté. El segundo, era más problemático. Un billete para el primer viaje interplanetario. Lo consideré algo así como una consolación, y lo acepté, divertida. ¿Quién iba a imaginar que, dos años después, iba a ser llamada, para hacer el viaje?

—Sí, claro. Yo tampoco hubiera aceptado figurar en él, de no creerlo una utopía. Y ya ve… estamos en Marte. ¿No le parece mentira?

—Creo que es un sueño. De repente, despertaré y me encontraré en casa, acostada.

—Sospecho que no —rió Waldo—. Sería una fea acción dejarnos solitos en Marte, tan fácilmente.

Ambos terminaron riendo. Habían caminado sin darse cuenta hasta los límites de la gran campana de cristal. Un militar apareció ante ellos. Era alto, rubio y muy atlético. Sonreía cordial pero duramente.

—Lo lamento, señores —dijo. ¿Tienen permiso especial del coronel?

—No… —respondió Waldo—. No es nuestra intención salir, tampoco.

—Oh, creí que es lo que pretendían. Tenía que decirles que no, en ese caso. Son órdenes —sonrió, inclinándose ante Teresa. Permitan que me presente, mayor Bill Nelson, en servicio de guardia. Me hubiera gustado ir a verles para saludar al capitán Reeves, mi viejo amigo. Y también al simpático Murray. Pero estoy de servicio. ¿Quieren ir a algún lugar especial?

—No, gracias. Creo que seguiremos paseando hasta retirarnos a descansar. Gracias, mayor. Le diré a Reeves o a Murray, si les veo, dónde está usted.

—Se lo agradeceré. Buenas noches.

Se alejaron de nuevo hacia el centro. Era molesto sentirse como prisioneros dentro de la base. Waldo prometió a Teresa que buscaría al coronel Rand para pedirle al día siguiente un permiso especial para salir al exterior.

—No sería justo estar en Marte, y no llegar a verlo más que por el ojo de una cerradura —dijo Logan, al despedirse de Teresa, ante la hilera de alojamientos dispuestos para ellos.

* * *

El mayor Bill Nelson dirigió una ojeada a las dos tarjetas metálicas con la contraseña.

—¿De modo que han resuelto salir? Bien, adelante. Tienen paso libre, si el coronel les ha concedido ese favor.

—Gracias, mayor —Waldo recogió los pases, todavía con la escafandra al brazo—. Regresaremos pronto. La señorita Alba no creo que resista muchas horas fuera de la base...

—Tengan mucho cuidado —avisó el militar—. ¿Llevan bien ajustados los trajes a presión y los calefactores internos? Si algo les fallara, podrían morir congelados o sin aire, en pleno desierto marciano, señor Logan.

—Todo está en orden, no tema.

—Está bien. ¿También llevan armas?

—No —rió Logan —. ¿Contra quién las utilizaríamos, en ese páramo?

—Nunca se sabe —dijo gravemente Nelson—. Marte tiene habitantes vivos, estoy seguro. No sé si inteligentes o no, pero los hay. A veces, durante mis patrullas, me ha parecido ver formas que se movían, bultos que se escurrían entre las rocas. Pero siempre que iba a investigar, no veía a nadie. Todo era tan rápido, que aún no sé si es imaginación mía, o hay realmente marcianos, acechándonos de alguna forma...

—Casi me está quitando las ganas de salir, mayor —sonrió Logan —, ¿Y a usted, Teresa?

—Si le seguimos escuchando, por nada del mundo pisaré ese horrible planeta, fuera de la base. ¡Vamos, Logan, antes de que me arrepienta!

Riendo, salieron ambos. Ajustaron sus escafandras y penetraron en el túnel de descompresión. Finalmente, una pequeña compuerta,

inmediata a aquélla por la que salía el tanque-oruga; les depositó en la arenosa, desértica superficie del planeta.

El día marciano era frío y oscuro. El sol, para ellos, no era el radiante disco que en la Tierra, sino una estrella más distante, un astro del día diminuto y tristón, que proyectaba sombras alargadas sobre la llanura, al bañar las extrañas rocas peladas y redondas.

—Hermoso lugar, ¿eh? —refunfuñó Logan, avanzando sobre el suelo polvoriento y espeso, con un remolineo de arenisca en torno a sus botas. Sujetó una mano de Teresa con fuerza. Ambos avanzaron, alejándose de la ciudad-estación.

* * *

—Tres millas —dijo Logan, parándose, tras consultar el contador de distancias, unido al termómetro y otros efectos en el utilísimo uniforme espacial—. Y todo sigue lo mismo, Teresa.

La desolación continuaba. El suelo seguía siendo árido y llano, formando inmensas planicies heladas y sin vida. Aquel planeta, sin duda, estuvo habitado alguna vez. Ahora, la muerte iba apoderándose de él, aniquilando sus posibilidades de existencia.

—¿Para qué conquistar mundos así, Waldo? —preguntó la joven, tras contemplar tanta helada soledad —. ¿Pueden servir de algo al hombre?

—Eso, nunca se sabe. Pueden cambiarse sus condiciones de vida, su clima y su aire. Pueden hallarse minerales valiosos y materias de gran valor científico. Por todo eso se lucha para conquistar el espacio.

—¡Mira, Waldo! —gritó de pronto Teresa—. ¡Allí…!

Señalaba a una agrupación rocosa. Logan creyó percibir una borrosa sombra, algo as! como una forma viva que se filtraba por ellas. Atónito, miró a Teresa. Era extraño que ambos hubieran tenido la misma alucinación… si es que lo era. Recordó lo que refiriera el mayor Nelson.

—Parecía…, parecía… —comenzó ella, temblorosa.

—Moverse «algo» —asintió Logan, pensativo—. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Sí… ¿Tú también lo viste?

—Me pareció verlo. ¿Pudiste descubrir lo que era?

—No. Ni siquiera sé si era real o no.

—Tampoco yo.

—Waldo, debiste traer un arma.

—Ahora es tarde para lamentarse de eso… —miraba, insistente, hacia las rocas. Pero nada se movía ya allí—. Espera un momento, Teresa. Quisiera explorar aquello.

—¡Cielos! ¿Hablas en serio?

—Sí. Creo que debo hacerlo. Lo que huye y se oculta, no creo que sea de temer. Es posible que si se trata de algún ser vivo, escape al vernos.

—Waldo, prefiero ir contigo a esperar aquí. No me dejes sola, por favor…

—Está bien, vamos.

Se aproximaron a las rocas. Estas formaban allí dos montículos, con una angosta garganta entre ambos, como una roja sierpe de polvo. No vieron absolutamente nada ni a nadie.

—O soñamos, o lo que fuese es sumamente escurridizo — comentó Logan—. Volvamos, Teresa. Evidentemente, Marte no es el sitio más apropiado para hacer turismo.

Ella asintió. Los radioteléfonos interiores de sus escafandras funcionaban a la perfección. El aullido del viento eterno de las llanuras muertas, les llegaba como una lejana canción monótona y estremecedora. Una sinfonía de muerte y desolación…

Comenzaron a caminar, ahora con el aire de cara, de regreso a la base. Pero no dieron más de ocho o diez pasos. Súbitamente, Waldo Logan se quedó como clavado en tierra. Sus ojos dilatados miraron con horror a través de la escafandra. Susurró:

—¡Quieta, Teresa, quieta! ¡No te muevas ni hagas nada.., pero mira! ¡Mira eso!

Ella miró. A pesar de la indicación, lanzó un agudo grito de horror. Luego, comenzó a retroceder, a pesar de la firme presión de una mano de Logan sobre su brazo.

—¡No, no…! —jadeó Waldo, muy pálido—. ¡No llames su atención…!

Pero era tarde. La misma violencia del movimiento de Teresa debía de haber sido suficiente para lo que ocurrió después.

Tras (as rocas que ellos habían cruzado poco antes, comenzaba a surgir una hilera fantástica de insectos. A no dudar, por su estructura, eran lo más similar a las hormigas terrestres. ¡Pero hormigas del tamaño de animales terrestres como un tigre o una pantera…!

Sus cuerpos eran de color del cobre, difícilmente visibles a alguna distancia, sobre la llanura roja. Pisaban la arena con patas largas, color escarlata, y unos ojos con miles de celdillas oscuras se clavaron ahora en los dos extraños pigmeos que veían ante sí.

La columna, formada acaso por más de cien de aquellas colosales hormigas, comenzó a variar de ruta, a moverse hacia ellos…

Teresa chillaba, sacudida por el terror. Logan, crispado, se esforzaba por buscar un medio de huir a la legión de insectos gigantes. Observó que su marcha era más bien lenta, sus maniobras torpes. Acaso fuera el único medio de eludir el terrible peligro. Porque, o mucho se equivocaba, o aquellas hormigas estaban hambrientas.

—¡Vamos, Teresa! —avisó, apremiante—. ¡A correr! ¡Corre con toda tu alma, como no corriste jamás!

—¡Dios mío, Waldo! Pero ¿hacia dónde? ¡Nos alejaremos más y más de la base!

—¡Da un rodeo! ¡Avanza hacia ellas, y luego rodea esas rocas, corriendo por el otro lado! ¡No pierdas tiempo! ¡Aprisa, que son torpes y tardarán en seguirnos!

Teresa se lanzó a la carrera. Waldo la siguió. Sus dos figuras parecían centellas, en comparación con la pesadez de movimientos de los insectos. Al que marchaba en cabeza de éstos, pareció sorprenderle el rumbo de los que, sin duda, consideraba como adversarios.

De pronto, Teresa dio un quiebro a su cintura, comenzó a rodear las rocas… y en ese momento, se hundieron sus botas en un pequeño cráter de polvo rojo. Chilló desesperada, y rodó por tierra, levantando

una polvareda cárdena.

La hormiga, triunfalmente, resolvió aprovechar para sí ese fracaso de la joven. Su cuerpo rojo, brillante y repulsivo, se movió hacia Teresa, caída en tierra, tratando torpemente de levantarse.

Logan no vaciló. Frenó en seco, y estiró las manos, cogiendo una roca. Era pesada, pero no tanto como lo hubiera sido en la tierra. Con ambos brazos en alto, mantuvo en vilo la roca. Luego, la lanzó a la desesperada sobre la hormiga. La menor gravedad del planeta, redujo en mucho el impacto. La piedra arrugó la piel del insecto, al golpearle, rebotó, y se perdió por entre el polvo.

Malignamente, irritada por el golpe, la colosal hormiga se revolvió. Olvidó a Teresa, inerme en tierra, y comenzó a mover sus patas hacia Logan...

Unos chirridos escalofriantes, producidos por sus mandíbulas agudas, estremecieron a Waldo, que se vio ir hacia sí al insecto, la más directa y urgente amenaza para Teresa.

Ella, rápidamente, se había puesto en pie. Pero no corría. Estaba inmóvil, mirando con terror hacia Logan. Este hizo gestos desesperados:

—¡Corre, Teresa! ¡Sálvate tú...! ¡Avisa a la base, escapa!

Ella denegó, ante su desesperación. Otras hormigas comenzaban a evolucionar hacia ella. Pronto sería demasiado tarde para escapar a su voracidad.

Pugnó por mover otra roca de mayor tamaño, pero no le fue posible. Arrojó una más pequeña al insecto, y lo único que logró fue aumentar el ruido de sus mandíbulas. Evidentemente, los golpes la irritaban, sin vencerla.

—¡Por favor, Teresa! ¡Tienes que salvarte! ¡Escapa, márchate de una vez!

La joven, en vez de esto, comenzó a avanzar hacia Waldo, como si estuviera decidida a quedarse allí con él. Jurando entre dientes, Logan comprendió que no escaparía, dejándole a él en la estacada. Maldijo la lealtad y espíritu de sacrificio de la muchacha, que perdería así la vida, al mismo tiempo que él.

Nelson había tenido razón. Si hubiesen llevado un arma cualquiera

para luchar... Pero así, estaban inermes, atados de pies y manos ante tan feroces insectos.

La hormiga gigante estaba ante ellos. Parecía vacilar entre atacar a Logan o a ella..., pero al final se decidió por el hombre. Sus ojos de pesadilla se clavaron en él. Movió las mandíbulas siniestramente, y avanzó con voracidad.

Entonces ocurrió algo increíble. Una chispa azul, centelleante y súbita, estalló sobre la cabeza del insecto de vanguardia. El cuerpo entero de la hormiga, se carbonizó en el acto. Se derrumbó, ennegrecida, y sus compañeras, que sin duda poseían una extraordinaria sensibilidad para intuir el peligro, comenzaron a hacer crujir rudamente sus mandíbulas..., ¡pero iniciando el retroceso!

Waldo y Teresa, abrazados el uno al otro, lívidos ante el horror que había estado a punto de abatirse sobre ambos, contemplaron con estupor, con incredulidad, el cadáver carbonizado del insecto colosal. ¿Qué extraña fuerza le había aniquilado?

Se volvió Waldo vivamente, oteando la llanura, tan desierta como antes. Otra vez, sus ojos captaron una confusa sombra, algo así como un bulto informe, filtrándose por entre las mismas rocas de antes.

—¡Otra vez «eso»! —gritó a Teresa—. ¡Lo que sea, ha salvado nuestras vidas, matando a la hormiga! ¡Y las demás se baten en retirada! ¡Sin duda conocen el arma, cualquiera que sea! ¡Vamos, Teresa, tenemos que conocer a nuestro salvador!

Echaron a correr, de regreso al estrecho desfiladero. Era pequeño, angosto y no muy largo. Al otro lado, volvía a verse la planicie. Y a pesar de ello, «no había nadie». Absolutamente nadie.

—¡Estoy seguro! —exclamó él, excitado—. ¡La persona o «cosa» que nos salvó, venía de aquí! ¡Y aquí se metió de nuevo!

—Por favor, Waldo, tengo miedo..., mucho miedo. Y no me encuentro muy bien, después de lo ocurrido —gimió Teresa —. ¿Por qué no dejas de seguir indagando y volvemos?

—Está bien. Si tú lo quieres... — miró de nuevo hacia la llanura desierta, hacia las rocas solitarias, con el ceño fruncido—. Y, sin embargo..., «tiene que estar ahí». Sea lo que sea...

Las hormigas se retiraban ya, con su marcha en columna, en otra dirección. No parecían interesadas en seguir la suerte de su cabecilla.

Waldo, contemplando con repugnancia el cuerpo carbonizado, tomó a la estremecida joven por los hombros, y emprendió con ella la marcha, de regreso a la «Estación Tierra».

—Salvados… por «algo» que desconocemos —musitó Logan por el camino—. Un planeta habitado por gigantescos insectos, y por otros seres que desaparecen como el humo. Y éstos, Teresa, parecen ser amigos. Amigos nuestros… No lo entiendo. La verdad, no logro entenderlo.

* * *

Extenuados por la carrera, por la rapidez que pusieron en recorrer las millas de regreso, sin apenas fijarse eh el mundo marciano, pese a su fascinante novedad, llegaron ante la cúpula cristalina de la base.

Les sorprendió ver el tanque-oruga, con sus antenas al aire, recorriendo la senda. Y también a un grupo de cinco hombres armados de rifles nucleares, todos ellos con el emblema de las Fuerzas Aéreas del Espacio.

Iba a su mando el teniente Murray. Logan corrió desesperadamente a su encuentro, llevando consigo a Teresa del mejor modo posible. El oficial ordenó el alto a sus hombres, y miró con sorpresa a ambos.

—¡Vaya! —exclamó—. Ustedes ya regresan… Sólo nos queda buscar a uno…

—¿Uno? ¿Es qué hay alguien más, fuera de la base? —se alarmó Waldo.

—Sí, otro de nuestros compañeros de viaje, Logan.

—¡Dios mío, deben buscarle en el acto! ¡Nos hemos encontrado con unas horribles hormigas gigantes! ¡Enormes como fieras de nuestro planeta, teniente! ¡Y cuando iban a aniquilarnos, algo o alguien ha intervenido, matando a una y haciendo huir a las demás!

—Diablo, ese relato nos volvería locos a todos, Logan, si no fuera porque en la base ocurren cosas tan graves como eso… o tal vez más.

—¿Eh? —Waldo se alarmó—. ¿Qué es lo que pasa aquí?

—Hans van Kraken, el holandés de los diamantes industriales, es el que falta de la expedición. Ha escapado sin permiso alguno.

—¿Y cómo pudo abandonar la base? El mayor Nelson.:.

—El mayor Nelson no pudo impedirlo —replicó Murray secamente—. Porque fue asesinado, para que Van Kraken escapara... ¿Comprende ahora por qué vamos a buscarle, aunque haya que recorrer todo el planeta, de un extremo a otro?

CAPÍTULO VI

EL TESORO DE MARTE

El ambiente, dentro de la base, era de verdadero horror.

La muerte violenta de Nelson, asesinado de un disparo silencioso en la espalda, lo cual indicaba que había sido muerto a traición, junto con la desaparición de Hans van Kraken, tenía conmocionado a todo el mundo.

—¡Van Kraken! —rugía con ira Nathan Collins—. ¡Pensar que ese tipo, cargado de millones y de fama, ha*, podido hacer eso...!

—No olvide que ese hombre no será Van Kraken, sino «Puma», bajo la apariencia de millonario de Amsterdam —le recordó Wilcox, pensativo—. El auténtico magnate de los diamantes industriales estará ya bien muerto, en algún lugar de la Tierra...

—¿Y adónde piensa ir? —rezongó Carlos Valdés—. No creo que Marte ofrezca demasiados lugares populosos donde ocultarse...

—Logan habla de seres vivos. Y posiblemente inteligentes — observó con voz suave Tanaka Yamura —. Recuerden que han visto hormigas gigantescas, colosales. Y que se libraron de ellas por la intervención de alguien, que utilizó un arma difícil de identificar por Logan y por la señorita Alba.

—¿Cree realmente que Van Kraken,., bueno, el que le suple como tal... habrá ido en busca de unos hipotéticos marcianos inteligentes, para ofrecerles su «radiotom»?

Era Carlos Valdés el que hacía la pregunta. Waldo Logan se encogió de hombros.

—No sé —confesó—. Parece bastante improbable, pero..., podría ser así. Sin embargo, es un riesgo estúpido, una locura de verdadero asombro, salir de la base, después de asesinar al mayor Nelson, para buscar a unos seres de los que, como nosotros, no puede tener absoluta certeza sobre su existencia, mentalidad y comprensión.

—Señores, dejen de hacer conjeturas —intervino una voz desde la puerta. En ella, habían aparecido el coronel Stuart Rand. Jefe de la «Estación Tierra», con el capitán Reeves como acompañante—. Su relato, señor Logan, me obliga a referirles ciertas cosas que no juzgué oportuno contarles antes.

—¿Ha silenciado algo, coronel? —interrogó Yamura, interesadísimo—. ¿Algo importante?

—Muy importante —el militar suspiró. Continuó des- pues—: Se trata de que, a poco de establecer la base militar en Marte, empezamos a notar interferencias en nuestras emisiones radiadas o televisadas, bien a la Tierra, a la Luna, o las Estaciones del Espacio, establecidas en torno a la Tierra. Eran interferencias extrañas, que atribuimos a fenómenos atmosféricos, pero pronto descubrimos que éstos no influían en nuestras emisiones. Se trataba, sin lugar a dudas, de «otras emisoras» o de interferencias «provocadas por gente que entendía de radio».

—¡Cielos! —Yamura, muy excitado, se adelantó hacia el coronel —. ¿Cómo no nos refirió eso? ¡Es sumamente importante, coronel! ¡Significa... que hay vida inteligente en Marte, a pesar de su aspecto de planeta moribundo!

—Ciertamente, eso es lo que significa. Pero posteriores exploraciones han dado resultado negativo. Acabé pensando que podía haber otro planeta cercano desde donde se interfiriesen nuestras ondas. O desde Phobos y Deimos, satélites marcianos. Vamos a hacer una expedición a esos dos pequeños satélites, muy en breve. Pero el relato del señor Logan, junto con ciertas observaciones del mayor Nelson que juzgamos fruto imaginativo suyo, nos permiten fijar otra teoría: que después de todo, es probable haya seres inteligentes en Marte. Restos de una civilización magnífica. ¿Dónde se ocultan esos náufragos en el Tiempo? Es lo que hay que saber. Hermann Scholtz, el Agente del Servicio Especial de Investigación, lo mandé llamar yo. Quería que me ayudase a localizar el origen de ciertas radiaciones atómicas, que han

coincidido con la interferencia de emisiones. El era un técnico en esa materia. Por eso quería tenerlo aquí. Ha muerto, y ello nos priva de su valiosa ayuda. «Puma», que es un hombre muy astuto, ha debido imaginar para lo que venía Scholtz a Marte, y pensó en la posibilidad de una existencia humanoide en el planeta. Ha venido, pues, aquí. Y ahora, tal vez, busca a los supuestos marcianos desesperadamente. Convencido de que son inteligentes, de que pueden comprenderle, si han interferido emisiones en lenguajes terrestres, y que, si disponen de algún sistema nuclear, como parece probable por la radiactividad advertida en Marte en esas ocasiones, pueden precisar el «radiotom» y dar por él lo que «Puma» quiera pedir.

—Sería una teoría muy inteligente y factible, si no tuviera un punto débil: ¿cómo pudo «Puma» enterarse de lo que ocurría aquí, de la razón por la que requerían a Scholtz, para forjar su propio plan? —arguyó Logan, con gran lógica.

—Buena pregunta, Logan —sonrió Reeves, el comandante de la «Astral», mezclándose en la charla —. Pero tenga en cuenta que «Puma» ha demostrado ser muy astuto... y estar al corriente de muchas cuestiones científicas y militares de la Tierra. Sus informes pueden haber llegado, incluso, a conocer textos cifrados militares. Si ha sido capaz de engañarnos a todos como si fuera el auténtico Van Kraken, ¿qué no podrá hacer?

—Eso es cierto —confesó Logan —. Pero a pesar de todo..., sigo sin creer posible la fantástica idea de que «Puma» busque un pacto con los marcianos...

En ese momento, ocurrió algo.

Sonó una sirena en la calle de la base. Se volvieron vivamente Reeves y Rand, y en la puerta de la cantina apareció, muy pálido, con la escafandra en la mano, el teniente Murray.

—¡Teniente! —estalló Rand—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué esa sirena de emergencia?

—¡Señor, conviene hacer algo, intervenir cuanto antes! —jadeó el teniente.

—¡Murray, hable de una vez! —saltó Reeves—. ¿Qué es lo que pasa?

—Los hombres, señor. Los hombres de la base. Se han vuelto como locos. Se han puesto sus trajes espaciales y abandonan la base en oleadas... Han derribado a varios de mis hombres, desarmándoles. No

me atrevo a ordenar que disparen sobre nuestros propios hombres. ¡Es como si todos hubieran enloquecido de repente!

—Pero... ¡pero eso es inaudito! ¿Es usted el que ha enloquecido? —aulló el coronel —. ¿Cómo van a abandonar todos la base, cómo es posible que...?

—La culpa es de lo que hemos hallado, señor — cortó Murray vivamente.

El coronel y los demás se quedaron sin aliento. Miraron a! teniente sin entender. Este respiró con fuerza, y respondió:

—Hemos encontrado a Van Kraken, señor...

—¡Cielos, haber empezado por ahí! ¿Dónde?

—En... en una zona del desierto, a cosa de dos millas de aquí, en dirección Oeste. Hay cerca unos pantanos oscuros, viscosos... y el sargento Dooley analizó su contenido... mientras nosotros cargábamos con el cadáver.

—¿El cadáver? —chilló Rand.

—Sí, señor. Hans van Kraken estaba muerto. Saturado de radiactividad...

—¡No! — Tanaka Yamura avanzó, con gesto de gran preocupación—. ¿El «radiotom»?

—No sé lo que pudo causarle esta muerte. La radiactividad era intensísima. Estaba muerto... pero el tipo no era tonto. Llevaba un detector especial en las manos un objeto parecido a un péndulo. Radioestesia perfeccionada con una maquinaria sensible a los diamantes, sin duda. Había un yacimiento de diamantes bajo sus plantas. Ha muerto pisando millones y millones en diamantes.

—Dios mío... —el coronel Rand se mesó los cabellos—. ¿Y eso... ha originado el alud hacia allí?

—Eso... y los pantanos negros, señor —declaró Murray con voz densa.

—¿Eh? No le entiendo...

—Los pantanos son combustible en su más puro estado. Un combustible cien veces superior al petróleo... y cien veces más valioso. Algo así como esencia purísima de petróleo, de una calidad imposible

de hallar en la Tierra. Todos se han lanzado como locos a por su fortuna. El sargento Dooley cometió la imprudencia de chillar, mostrando una lata llena de ese combustible, y un puñado de diamantes en bruto, de los que Van Kraken había logrado arrancar muestras, antes de morir como un perro, en medio de aquel horrible lugar…

—Un lugar horrible, cargado de tesoros incalculables —rezongó Reeves—. Eso es lo que debió de cegar a «Puma». El pensó que Marte sería un planeta rico en algo… y acertó.

—Bravo por esa teoría, capitán Reeves —asintió Logan, pensativo, no dejándose sorprender ya por el cúmulo de imprevistos —. Me gusta más que la de los hipotéticos marcianos. Y ahora ¿qué piensa hacer, coronel Rand?

—¿Que qué pienso hacer? —el jefe de la base marciana irguió su cabeza fieramente—. ¡Reunir a la tropa que queda, y partir a por esos locos, obligándoles a regresar al campamento, en el plazo de una hora! ¡O empezaré a matarles allí mismo, sin la menor vacilación! ¡Acompáñeme, capitán Reeves!

Salieron ambos militares. El teniente Murray, después de cambiar una mirada vacilante con Logan y Yamura, salió a la carrera detrás de sus jefes.

—Bueno —suspiró Waldo—. Los acontecimientos se precipitan. ¿Alguno de ustedes quiere acompañarme?

—¿Adónde va a ir usted, Logan? —preguntó Valdés intrigado.

—Con esos hombres. Como un soldado más. Creo que debemos evitar que la ambición destroce nuestra base en Marte. Los tesoros de Marte pueden ser funestos para todos. Si realmente existen marcianos en este mundo, y son de mala fe, ¿imaginan lo que podrían hacer, con esta base desguarnecida por el estúpido afán de riquezas de sus defensores?

—Diablo, creo que tiene razón —aprobó Valdés—. Voy con usted, Logan.

—Yo quisiera ir. Pero tenía que visionar ahora mi telefilm, para… —empezó Wilcox.

—¡Deje eso, hombre de Dios! —le disuadió Nathan Collins—. Vale más evitar el pánico que hacer peliculitas ahora.

—Está bien, ya voy —suspiró Wilcox. Y se despidió de su inseparable Sandra Lee con una mirada patética, como si jamás fuese a verla ya—, ¿Usted se queda, profesor Yamura?

—Soy un hombre como ustedes —sonrió el japonés—. Mi edad no cuenta. Vamos todos.

Logan sonrió. Le gustaba que le siguieran. Miró a Teresa con intensidad, y apretó su mano fuertemente.

—No te muevas de la base, por nada del mundo, Teresa

—le pidió—. Y tampoco ustedes dos, señorita Lee y señorita Bertier. Volveremos con los desertores en seguida...

El coronel Rand se alegró mucho de tan inesperados refuerzos. Hasta sus tropas habían sufrido una seria merma. Se cifraban en más de doscientos los hombres que se habían marchado a por las riquezas. Y los ocupantes que quedaban en la «Estación Tierra» eran solamente ciento veinticinco.

Armados y provistos de uniformes y escafandras, salieron los cinco hombres junto a los demás hombres armados de la guarnición. El capitán Reeves se quedó al mando de la base. Murray se encargaba de guiar a los expedicionarios hacia la región pantanosa de Marte, al Oeste de la estación terrestre.

Tanaka Yamura miró hacia el espacio, con repentino gesto de inquietud, al salir de la hemiesfera de vidrio.

—¿No les ha parecido sentir algo así como un aleteo?

—preguntó, tras otear todo el oscuro y frío firmamento marciano.

—¿Un aleteo? —el coronel Rand se encogió de hombros—. Delira usted, profesor. No creo que los fantásticos marcianos a quienes nadie ha visto, estén dotados también de alas. No se fíe de los ruidos de Marte. El viento huracanado que asóla sus llanuras muertas, produce extraños sonidos a veces.

—Eso es cierto, profesor —declaró Logan —. Silba como una voz del infierno. Pero es sólo el viento...

Tanaka Yamura hizo un gesto escéptico. Continuó adelante, sin decir nada. Pero estaba seguro de haber oído un aleteo. El no sufría alucinaciones.

* * *

—¡Eh, mirad! —el sargento Dooley se volvió. Ante él, se alineaban bidones, envases de toda especie, cargados hasta el borde de espeso líquido negro. Otros cavaban febrilmente en las rojas arenas de Marte, extrayendo pedruscos enormes, con vetas de diamantes en bruto—. ¡Vienen a por nosotros!

Todos se volvieron. Militares y civiles de la base dejaron de buscar frenéticamente las riquezas recién descubiertas a ras del suelo de Marte.

Dooley empuñó su pistola desintegrante, con movimientos rápidos. Pero el impacto de un fusil lanza-granadas, al hacer estallar un proyectil explosivo a poca distancia de sus pies, levantando una densa polvareda roja, le avisó de que no venían en plan pacífico ni con buenas palabras por delante. ,

Otro soldado, jurando rabiosamente, intentó cambiar su instrumento de cavar por un fusil nuclear. Esta vez fue Waldo Logan quien disparó sin la menor vacilación.

El chorro de llamas lanzado por el rifle que empuñaba Logan cayó justamente sobre el fusil adversario, que se derritió con un estallido entre las manos del soldado rebelde, abrasando sus guantes. Al sentir el frío terrible de Marte, penetrando bajo su uniforme hermético, ahora roto, gritó y se retorció por tierra, pidiendo que taponasen la salida del aire caliente de su «mono» espacia!.

Reinó después un silencio de muerte. Casi doscientos hombres, cegados por la codicia de las enormes riquezas allí visibles, se quedaron como clavados a tierra, ante la amenaza de una treintena de armas, empuñadas por hombres que no iban a vacilar en comenzar el fuego graneado sobre ellos, si les forzaran a tal extremo.

—¡Esto es sólo un aviso! —rugió la voz del coronel Rand—, ¡He venido a disuadiros de esa necia locura que os ha entrado! ¡No hemos venido a Marte a enriquecernos, sino a luchar por nuestro propio mundo, por nuestro dominio de los Espacios! ¡Sois soldados sometidos a una disciplina, no buscadores de fortuna o bribones reclutados entre la escoria de la Tierra! ¡Al primero que toque otra vez esos diamantes o ese combustible, le hago fusilar en el acto! ¡Sargento Dooley,

entréguese y convenza a sus seguidores de que deben hacer lo mismo! ¡Solamente así se librará usted de la sentencia de muerte por desertor!

El sargento, muy pálido, comprendió que la situación era grave. Si ellos, aun siendo tan pocos comenzaban a disparar sin piedad, caerían a docenas. Era mejor ceder. Miró con dolor las latas de combustible, los sacos de piedras diamantíferas.

—Está bien —dijo roncamente—. Creo que nos rendí...

En ese momento, alguien situado a su espalda, disparó. Dooley, con un grito, rodó de bruces, mientras la sangre empapaba su hombro agujereado. También chilló, al sentir el gélido frío exterior sobre su piel.

—¡No nos rendimos! —aulló un veterano soldado, cargado de diamantes—. ¡Hemos venido a por fortuna para nosotros, no para los gobernantes de la Tierra! ¡Lucharemos por ella hasta morir, si hace falta! ¡Y a ver quién gana, coronel Rand!

Un grupo de quince o veinte hombres de feo aspecto se unieron al que hablaba. Rand comprendió, muy pálido, que como en toda legión que arriesga sus vidas a cada momento, habla en sus fuerzas ese grupo de hombres indeseables, capaces de todo por la codicia.

—¡Dios mío! —musitó el militar—. Tendremos que... tirar a matar. Y muchos de nosotros caerán también... Logan, ustedes cinco deben apartarse de todo esto. No tengo derecho a mezclarles en elfo. Son viajeros, simples turistas privilegiados que...

—Somos hombres honrados, coronel —cortó Waldo Logan con dureza — . Estamos a su lado. Para bien, o para mal.

—Gracias —musitó emocionado el coronel. Y se dispuso a dar la orden de fuego.

Entonces...

CAPÍTULO VII

¡MARCIANOS!

¡Alto, alto todos! —aulló la voz descompuesta de Tanaka Yamura —. ¡Miren todos ahí! ¡Miren..., son marcianos!

El estupor electrizó a los presentes. A unos y a otros. Todos se volvieron lentamente, olvidado su choque, hacia el punto adonde señalaba el japonés. Tampoco esta vez se había equivocado.

Waldo Logan, con una interjección de vivo estupor, descubrió a los más fantásticos y sorprendentes seres que soñara jamás.

Seres vivos de Marte...

— ¡Dios mío! —musitó Rand —. Existen... ¡Existen! Y ahora se dejan ver...

Eran muchos. Quizá mil. O acaso más. Formaban una masa compacta, extraña, y ocupaban las lomas peladas de alrededor, bloqueando virtualmente a unos y otros. Eran menudos, quizá sin sobrepasar el metro de estatura. Humanoides, pero de delgadas y sutiles extremidades. Piel translúcida, azulada. Cabezas hinchadas o muy desarrolladas, con grandes, redondos ojos glaucos y facciones infantiles, de niño recién nacido. Un tenue cabello azul cubría su cráneo.

Vestían raras ropas fosforescentes, adheridas por completo a la piel, como una segunda epidermis. Eran delgados, pero debían de ser muy fuertes. Sus manos resultaban anchas, membranosas, con tejido fibroso y muy flexible.

Aquello que empuñaban en sus extremidades, algo así como bolas de cobre, no parecían armas. Pero sin duda lo eran, porque una chispa azul estalló de pronto, como un fuego artificial, sobre el soldado veterano, mal encarado, que disparase antes sobre Dooley.

En un momento, del terrestre no quedó sino un montón de cenizas negruzcas... como ya antes ocurriera con la hormiga gigante. Logan masculló:

—¡Eran ellos! ¡Ellos me salvaron... y salvaron a Teresa!

La muerte atroz del soldado dejó a los demás contendientes como alelados. Entonces, audible por todos los radioteléfonos interiores de las escafandras de vidrio, llegó una voz aguda, musical, vibrátil, expresándose en un inglés confuso, torpe, pero comprensible:

—Somos marcianos, sí... Marcianos amigos..., amigos de los que

quieren ser amigos nuestros. No queremos guerras. Ya tuvimos bastantes. Y nos aniquilamos unos a otros. Ahora vivimos en el interior de Marte. Tenemos nuestras ciudades subterráneas… y ya no utilizamos los viejos canales que, desde los polos, nos llevaron el agua a las antiguas y esplendorosas ciudades. No nos diferenciamos mucho, terrestres, de vosotros. Pero nosotros respiramos nitrógeno, en vez de oxígeno. La diferencia está en los…, los pulmones decís, ¿verdad? Perdonad nuestro idioma. Es difícil aprenderlo mejor, solamente interceptando vuestras emisiones con nuestros telerreceptores. A pesar de nuestro desarrollado cerebro, hombres de la Tierra…

—¿Por qué no os habéis mostrado hasta hoy? —preguntó Rand, saliendo de su asombro.

—Porque no queríamos dejarnos ver de nadie. Para evitar malos entendidos, luchas y muertes. Os observamos, y nos parecisteis honrados y pacíficos. Entonces resolvimos aprender vuestra lengua, antes de aparecer para hablaros. Eso evitaría errores. Uno de nosotros ayudó a vuestro amigo a salvarse —señaló a Logan directamente—. Y ahora, hemos querido evitar esa lucha. Sería mataros todos, incluso los que vencierais.

—Es cierto, marciano —declaró Tanaka, dueño de sí—. Sois muy inteligentes…

—¿Porque preveemos los males? ¡Oh, no! Solamente conocemos nuestro mundo. Sabemos que, después de las últimas tormentas de arena, llegan indefectiblemente las «voltures» del Sur… Ya hemos matado a uno. Pero, cuando lleguen miles, nadie podrá con ellos. Corred a vuestra ciudad tapada, para esconderos… o seréis devorados…

—¿«Voltures» has dicho? —preguntó Rand —. ¿Qué significa eso? ¿Quiénes son?

—Grandes, enormes lagartos voladores… — refirió con dificultad el marciano, buscando las palabras que conocía —. Siempre con hambre, siempre feroces…

—¡Aquel aleteo! —gritó Yamura — . ¿Recuerdan?

—Sí —asintió, sombrío, el coronel—. ¿Cuándo llegarán?

—Nunca se sabe. Pueden llegar ahora, o dentro de unas horas. No tardarán, eso sí. Siempre vienen antes dos o tres: los exploradores. Y a ésos son a los que hemos matado. Cuando cubren el cielo, como una

nube, nadie puede hacer nada contra ellos. Pero, si se les deja, pasan y se alejan hasta otro año marciano. ¡Corran, escóndanse en su ciudad! Cuando haya pasado el peligro de los «voltures», volveremos a vernos. Ahora sabéis que somos amigos. Amigos sinceros de nuestros visitantes de la Tierra. Pero no nos gustaría que nos quitarais el líquido negro. Se filtra por los subterráneos, y nos proporciona energía...

—No os preocupéis —prometió el coronel—. ¡Esto no sucederá más! Hemos venido a colonizar, a renovar a Marte, si ello es humanamente posible. Y a ser amigos de los demás habitantes del Universo, sin invadir nada. Somos amigos, marciano. Y yo, en nombre de mi Mundo, te doy las gracias por tu buena fe. ¡Todos en marcha a la base! ¡El que se quede a recoger ese maldito petróleo y esos diamantes, morirá bajo los monstruos voladores, ya lo habéis oído por vuestros radioteléfonos!

La plaga azul de los translúcidos, cerebrales y bondadosos marcianos, comenzó a disgregarse. Desaparecían tras las rocas como engullidos por la tierra. Y eso era, seguramente, lo que hacían. Sólo ellos conocían los angostos huecos por los que volvían al mundo del subsuelo que era ahora el lugar donde habitaban los marcianos, una pobre raza en decadencia absoluta, después de verse supercivilizada, a juzgar por lo que aún restaba de su esplendor técnico, científico y mental.

Ellos echaron a correr también hacia la base. No hizo falta nuevas conminaciones. Dooley, pese a su herida, taponado el traje para evitar el escape de oxígeno y de aire caliente, corría como el primero. Eran doscientos y pico de hombres, en una desesperada carrera por las arenas purpúreas de Marte, hacia la base, único punto de defensa contra la plaga anunciada.

Pero Tanaka Yamura era anciano para resistir el ritmo de la carrera. Cayó de rodillas. El coronel Rand quiso detenerse, y el japonés, valeroso, le hizo un rápido gesto de energía.

— ¡No, no! —gritó—. ¡Eso nunca, coronel! ¡Ustedes adelante! ¡Déjenme a mí! ¡Ya les alcanzaré!

Tras una vacilación, Rand optó por seguir su consejo. De él dependían muchas vidas. No podía arriesgarlas por una sola. Tanaka se irguió, siguió corriendo junto a los demás, como le era buenamente posible.

Fue quedando atrás, atrás... hasta que no hubo nadie tras él. La masa

de asustados terrestres galopaba ante él, levantando una impresionante polvareda roja. El japonés les contempló con triste sonrisa. Agitó una mano en el aire gris, plomizo, triste y frío de la inmensa llanura marciana.

—Adiós, amigos... —musitó—. Siempre es hermoso... morir tan lejos de la Tierra.

Cayó de bruces, extenuado, cubierto de rojo polvo. Ya estaban cerca de la ciudad. Se descubría al fondo su cúpula vidriosa.

En el cielo, tras el rocoso horizonte, aparecieron de repente dos horribles formas voladoras. Eran enormes, como los dinosaurios de la Tierra, en su era prehistórica. Colosales lagartos escamosos, con vértebras punzantes, una cola interminable, ocultando el pálido y lejano sol con sus sombras ciclópeas, abiertas unas membranosas, tableteantes alas de murciélagos inauditos.

Planearon, proyectando sus sombras horribles sobre el rojo planeta. Gritaron los fugitivos terrestres al verlos. Uno, avanzó como una flecha sobre ellos. El otro planeó hacia el caído Yamura, que cerró los ojos, horrorizado del aspecto del monstruo marciano...

Fue entonces cuando un hombre, entre la masa de fugitivos, se volvió en redondo. ¡Y retrocedió, echando a correr hacia el japonés!

El coronel Rand ordenó disparar sobre el lagarto volador que se les venía encima. El mismo lo hizo en primer lugar, para dar ejemplo.

Fueron cien disparos nucleares los que hicieron blanco en el cuerpo del espantoso ser de las alturas. Un bramido horrible, algo que helaba la sangre en las venas del más audaz, hizo temblar el suelo. Se sintió reventar el interior del monstruo alado cuando le penetraron las cargas de muerte, desgarrando sus tejidos. Aun así, aleteó todavía un largo rato, antes de abatirse sobre las rocas peladas, retorciéndose con aquellos bramidos estremecedores y ensordecedores.

El lagarto que amenazaba al indefenso Yamura abatió su negra sombra sobre el lugar donde yacía el nipón. El sabio abrió los ojos, al descubrirlo encima mismo de su cabeza. Se estremeció de horror, al descubrir que uno de sus compañeros venía a todo correr a sacarle del aprieto.

—¡No! —chilló—. ¡No, Logan! ¡Váyase! ¡Váyase, por Dios!

Pero Waldo Logan, apretando los labios bajo su escafandra vidriosa,

dominó su propio terror, apuntando al animal alado con su rifle nuclear. Apretó el gatillo sin parar de correr.

El chorro de llamas proyectó la carga desintegrante contra la cabeza del animal. Estalló sobre su hocico colosal, y le alcanzó en uno de los alargados ojos brillantes.

Esta vez el chirrido del lagarto volador fue espeluznante. Aleteó, rabioso, con una cuenca vacía, derramando la pulpa destrozada de su ojo. El japonés, medio erguido, ayudó a Logan con otro disparo al vientre del monstruo, pero sin lograr nada.

—¡A los ojos, profesor! —chilló Waldo —. ¡Al otro ojo, para cegarle!

El monstruo, con un solo, terrible ojo, fijo en Waldo Logan, el hombre que le había herido, sacudió sus alas en el aire y, de repente, comenzó a caer en picado hacia Waldo.

Logan dominó sus nervios, tirantes como cables a punto de quebrarse. Alzó el fusil. Si no atinaba, era hombre muerto. Miró al ojo sano, como si le hipnotizara la mirada espantosa del horrible«volture»…

Disparó. Una, dos, tres granadas nucleares. Las dos primeras fallaron por poco. Pero la tercera alcanzó el ojo de lleno. Estalló virulenta, en el interior del globo ocular y lo destrozó horriblemente.

Con una serie de chirridos horripilantes, el lagarto volador comenzó a capear, a caer. Tocó tierra, rebotó en la arena, levantando un mar de polvo, sacudió las alas, rozando casi con sus extremos membranosos a Logan y al japonés, y emprendió un corto vuelo, totalmente ciego, abriendo una espantosa boca cuajada de dientes puntiagudos y amarillos, feroces, hambrientos…

Picoteó aquí y allá, se abatió sobre varios puntos de la llanura, sin duda buscando, en su desesperada ceguera, al culpable de la misma. Pero no lo encontró. Waldo Logan, cargándose a hombros al exhausto profesor, echó a correr desesperadamente, hacia la ciudad, tan cercana y, sin embargo, tan lejos…

Fue una carrera contra la muerte misma. Cuando avistaba ya ante él la puerta de acceso a la base, que había engullido a todos los fugitivos y se empezaba a cerrar, pese a sus gritos de alarma, todo el cielo pareció oscurecerse con densos nubarrones negros.

Sólo que no eran nubes… ¡sino miles y miles de «voltures» agitando sus alas!

Extenuado, lívido, casi sin poder ya con su humana carga, Logan alcanzó la puerta, cuando los malignos ojos de los monstruos aéreos se fijaban ya en él. Diez o doce iniciaron un descenso rápido, agitando sus alas y bramando espantosamente.

— ¡Abrid! ¡Abrid! —pidió angustiado Logan, golpeando la puerta de acceso.

Si no abrían, era el fin. Un fin terrible, entre las mandíbulas titánicas de aquellos monstruos.

Ya la sombra del grupo volador se cernía sobre él, cada vez más densa, más amplia...

¡Y la puerta comenzó a abrirse!

Apenas una rendija, y ya Waldo arrojaba por ella al profesor Yamura, penetrando él detrás como una bala. La hoja corrediza se cerró. El rostro alargado, estremecedor, de uno de los lagartos voladores golpeó en ella. Bramó furioso, forcejeó contra el plastimetal de la gran construcción terrestre. Por fortuna, resistió.

Acaso no hubiera resistido el acoso de todos los gigantes del aire, pero los demás siguieron su vuelo, los atacantes se cansaron, y continuaron también adelante.

Por encima de la cúpula metálica, irrompible, pasaron legiones interminables de monstruos voladores, que borraron toda luz solar del día marciano.

Waldo Logan, destrozado física y moralmente, cayó en unos brazos firmes, pero dulces.

—¡Waldo, querido! —unas manos le arrancaron la escafandra, astillada en la pugna con los monstruos del aire. Unos labios de mujer cubrieron su lívida cara de besos —¡Waldo, eres un héroe! ¡Un auténtico héroe, capaz de las mayores hazañas! ¡El profesor Yamura te debe la vida, pero yo he sufrido como jamás sufrí en mi vida!

Era Teresa Alba. Logan, antes de desvanecerse en sus brazos, vencido por la fatiga y por las tremendas emociones vividas, solamente supo musitar:

Dios mío... Sólo por esto... vale la pena vivir.

CAPÍTULO VIII

TELEFILM

A esto se le puede llamar vivir de milagro —dijo con un suspiro el teniente Murray, después de comprobar que los últimos lagartos voladores habían desaparecido por el lado opuesto, tras horas y horas de desfilar en amenazador torbellino sobre sus cabezas—. Que no esperen contar conmigo para la próxima estación emigratoria de esos horribles monstruos… Presento la dimisión de mi cargo.

—Dios sabe dónde estaremos en el próximo año marciano, teniente —sonrió el coronel Rand—. Supongo que de la Tierra nos enviarán relevo bien pronto. Esta tierra no es para agotar en ella años y años de una vida…

—Pero a veces hasta un mundo así sirve para algo —comentó Reeves, sonriendo—. Ahí tenemos a Waldo Logan, el escritor de fantasías científicas, convertido en un héroe real de sus novelas. Cuando vuelva a la Tierra y esto se sepa, se hará millonario vendiendo ejemplares.

—Bueno, bueno, me vais a volver loco entre todos —protestó Waldo Logan, echándose las manos a la cabeza. Sonrió a Teresa, sentada junto a él, y preguntó—: ¿Es cierto que ya no pasa ninguno de esos horribles «voltures»?

—Bien cierto, amigo —asintió Wilcox.

—Pero nos mantendremos dentro de la base un par de días, hasta que no quepan dudas sobre ello —intervino el coronel Rand—. Es mejor así. Igual que iban exploradores delante, pueden ir detrás. No quiero correr riesgos.

—Puede decirse que la aventura ha tocado a su fin —sonrió Nathan Collins—. Van Kraken, alias «Puma» muerto por su propio veneno: la radiactividad. Y todos a salvo, dispuestos a regresar a la Tierra y contar las «maravillas» de este mundo.

—¡incluso hay marcianos y todo! —saltó Martine Bertier, después de besar suavemente a Carlos Valdés, su inseparable pareja—. ¿Quién puede pedir más?

—Marcianos... —Logan enarcó las cejas—. Es curioso cómo a veces se acierta en las más fantásticas predicciones. Se ha hablado años y años de un mundo agónico, de una raza extinguida... y ha sido cierto. En cambio, las fantasías sobre invasiones de seres de Marte carecían de sentido. Son seres normales, razonan y poseen una inteligencia poco común. Tal vez en una época lejana fueron bélicos. Pero ahora, acaso por horror a los resultados de sus guerras remotas, aman la paz, desean que todos la amen y la practiquen también. Es hermoso que un pueblo ignorado nos dé esa lección: la de recibirnos como amigos y confiar en nosotros. ¿Hubiéramos nosotros, los desconfiados y mal intencionados terrestres, hecho lo mismo con ellos?

—Posiblemente hubiéramos recibido sus naves a cañonazos, o con bombas atómicas —admitió el coronel Rand—, No comprendemos una «visita», sino una «invasión». Creemos que todos los seres de la Creación son tan poco leales como nosotros.

—Bueno, señores, a esto le llamo yo ponerse filosóficos —rió Ronald Wilcox de pronto—. ¿Qué les parece si, en vez de seguir hablando de esas cosas, no olvidamos un poco todo lo sucedido, visionando, en sesión especialísima, las imágenes de nuestro portentoso viaje de placer a este hermoso planeta, lleno de encantos turísticos?

Todos rieron el buen humor del inglés y asintieron casi sin excepción. Tan sólo el capitán Reeves opinó:

—¿Por qué no lo dejamos para más tarde? Preferiría que alguien examinase mi habitación de esta noche. Recuerden que he dormido en una litera vecina a la de Hans van Kraken. No me gustaría saber que me ha saturado todo de radiactividad.

—Eso es muy cierto —admitió Rand. Miró a Murray—. Cuídese de dar la orden de que detecten todo cuanto tocó y ocupó Van Kraken. Es posible que el «radiotom» haya quedado oculto en alguna parte, y lo sature todo mortalmente.

—Sí, señor —Murray salió de la estancia.

Ronald Wilcox había extraído su cámara proyectora, gemela de la tomavistas. El coronel, interesado también en el fascinante reportaje de Wilcox, le ofreció su propia salita de proyección, con la pantalla. Wilcox aceptó. Entraron todos, ocupando sus asientos. Se apagaron las luces, y comenzó la proyección del telefilm, automáticamente revelado por la máquina de Wilcox.

La salida de la Tierra estaba lograda con gran ingenio y agilidad en la

composición de imágenes, desde el aeropuerto sideral de New York al salto al espacio. Luego, visiones inéditas del espacio exterior, de la Luna, de las estaciones del Espacio, de los espejos solares, de los aerolitos y la pugna de la «Astral» con ellos, en patéticos fotogramas de gran fuerza, por el color y las dimensiones de relieve, tan logradas.

Seguían planos de los viajeros, charlas y momentos anecdóticos... hasta la visión del rojo planeta marciano. Los rostros de Logan, Van Kraken, Collins, Yamura, las tres muchachas, el capitán Reeves, Valdés, de todos en fin, aparecieron reflejando su admiración ante la visión del planeta cercano, cuando Wilcox se volvió hacia Logan, éste se vio claramente escribiendo sus impresiones del viaje, y sonrió. La cámara endiablada de Wilcox lo captaba todo. Luego, sin interrupción de imagen, apareció el cadáver de Scholtz, el estupor dramático de los presentes... Siguieron otras escenas, pero la visión del momento aquel dejó a muchos impresionados. '

Waldo Logan apenas si prestó ya atención al resto de telefilm. Le había impresionado también. Pero, sobre todo, tenía la sensación de que el reportaje rodado por Wilcox para la televisión no era exacto. No se ajustaba a la realidad en algo.

¿Qué podía ser ese algo? Resultaba tonto dar vueltas a tal cosa. Por fuerza tenía que ser exactamente lo que era: una visión del viaje.

Trató de olvidarse. Ahora había imágenes espléndidas de Marte, de la llegada, desfilando sobre la pantalla. Pero la mente de Logan huía de ello, se aislaba, se concentraba en una idea fija: algo le había chocado en aquella película. ¿Qué era?

Todo estaba bien. Intentó recordar. El despegue, los momentos anteriores en el aeropuerto, las bonitas piernas de Sandra Lee, que Wilcox juraba iba a quitar de su reportaje, las estaciones, espejos solares y satélites artificiales, la Luna... El espacio..., los aerolitos... Marte..., la muerte de Scholtz...

Lanzó una interjección suave. A su lado, Carlos Valdés le miró sorprendido.

—¿Le ocurre algo? —preguntó el capitán Reeves.

—No, nada —Logan, dominando su excitación, fingió seguir contemplando la visión fílmica. Pero su mente era un caos.

No esperaba una cosa así. Súbitamente, todo estaba claro ante él. Todo. Ya sabía quién era «Puma».

Se encendieron las luces. Wilcox se volvió a sus espectadores.

—¿Les ha gustado, caballeros, señoritas? Pues les emplazo de nuevo para que asistan a su estreno para el mundo entero, a través de la televisión británica.

—No faltaremos —prometió Nathan Collins—. Será como revivir de nuevo estas jornadas maravillosas, fuera de la Tierra. Este viaje me ha enseñado mucho. Me ha enseñado a conocer bien a los hombres, sobre todo. Y a comprender que la muerte de mi hijo no fue como yo imaginaba. El señor Logan me lo hizo ver claro, sobre todo el día que vimos Marte tan cerca. ¿Recuerda, señor Logan? Justamente antes de que apareciera muerto el pobre Scholtz... Luego, he asistido al heroísmo de muchos. Y he comprendido que es hermoso morir por algo en lo que se cree, por algo que vale la pena de todos los riesgos y sacrificios.

—Me alegra oírle hablar así, señor Collins —sonrió Tanaka Yamura —. Mi raza tiene ideas muy concretas sobre la vida y la muerte. Es bonito que otros comprendan nuestro propio criterio sobre las cosas. El señor Logan, sobre todo, ha demostrado tener madera de héroe. No sólo crea héroes, sino que él sabe serlo.

—No, profesor. Jamás seré un héroe —sonrió Logan —. Pasé un terror loco...

—El verdadero héroe es el que tiene miedo, señor Logan — dijo el nipón —. Y sabe dominarlo, claro está. El que no siente el miedo, es un loco o un suicida, nunca un héroe. Yo le debo la vida. El señor Collins le debe la paz interior. Me siento feliz de haber conocido a un hombre valeroso e inteligente.

—Me confunden entre todos — Logan estaba nervioso pero procuraba ocultarlo. Aún vivía bajo el peso de su terrible descubrimiento, durante la proyección del telefilm de Ronald Wilcox —. Ahora, por favor, dispénsenme. Me encuentro fatigado, y voy a retirarme. Teresa, hasta mañana.

—¿Te acompaño, Waldo?—pidió ella.

—No, no —cortó él, algo seco — . No hace falta, querida. Hasta mañana. Ya me encuentro bien.

Ella, algo contrariada, se quedó atrás. Waldo Logan salió de la estancia, en el edificio central del coronel Rand.

Pisó la calle de roja tierra marciana. Sobre su cabeza, la cúpula de vidrio mostraba el atardecer marciano, gris y plomizo, denso y triste. Phobos y Deimos hacían el sorprendente juego de aparecer el uno por un lado, cuando otro desaparecía tras el horizonte.

Empezó a caminar. Tenía que ver en seguida al teniente Murray. Se dirigió a los alojamientos. Tal vez estuviera detectando aún la posible radiactividad de los cuartos destinados a los viajeros.

—¿Tanta prisa lleva, Logan? —preguntó una voz a sus espaldas.

Se detuvo en seco. Ocultó su contrariedad, mirando de soslayo al capitán Reeves, comandante de la «Astral».

—Deténgase, Logan.

Waldo le miró. Descubrió la pistola silenciosa, de carga atómica, en su mano. Se hallaban en una zona desierta y oscura de la base. No lejos de la salida del exterior.

—¿Qué ocurre? ¿Ha oído algo sospechoso? —preguntó Waldo muy sereno.

—No siga fingiendo, Logan. No me engaña. Me hubiera engañado de no escapársele la exclamación durante el telefilm. En cuanto vi la escena, comprendí que estaba perdido, si alguien descubría el detalle. Le miré a usted. Sin saber por qué, usted era el más peligroso... y acerté. Vi su cara de sorpresa, de extrañeza. No sólo había visto que Van Kraken estaba lejísimos de donde cayó Scholtz, sino que yo estaba en la cabina, cuando no debía de estar ni nadie supo que estuve. ¿Verdad que lo vio. Logan?

—Sí —suspiró Waldo—. Veo que es inútil seguir fingiendo. Pero está perdido de todos modos, señor «Puma». Ese telefilm, visionado por muchos telespectadores, acabará ofreciendo la clave a alguien. Otros verán lo que vi yo. La cámara de Wilcox, al volverse él a hablarme, fue muy oportuna. Y fe captó cuando avanzaba sigilosamente a espaldas de Scholtz. Usted no estaba entonces allí, sino en los mandos. O eso nos suponíamos todos. Entró sigilosamente, y mató a Scholtz. De haberle sorprendido, nos hubiera matado a todos. Y, dueño del cohete, hubiera emprendido el camino a su gusto. Dígame, «Puma», ¿es realmente un militar o un piloto sideral?

—He sido muchas cosas en mi vida —rió Reeves—. No militar, pero sí piloto del espacio. Sé tanto como el mejor técnico, de todo ello.

—Ya. ¿Y qué hizo con el pobre capitán Reeves, el auténtico?

—Ya lo supondrá. Yace, irreconocible, en el fondo del Atlántico. Mi operación facial fue buena. Pero no pudo engañar al mayor Nelson...

—Claro. Ahora recuerdo que me habló de una vieja amistad con Reeves. El se dio cuenta de que usted no era Reeves. Por eso le mató. Y por eso su compañero de habitación, Van Kraken, murió saturado de radiactividad. Usted le sometió a ella, anoche. Luego, le convenció para, que saliera a buscar su objetivo: diamantes industriales. Seguro que incluso le dio su permiso, como militar, para salir.

—Eso es —rió Reeves, burlón—. Luego, maté a Nelson. El chiflado de Van Kraken, se puso a buscar diamantes, y le sorprendió la muerte. Pero el viejo zorro los encontró.

—Usted utilizó con él el «radiotom», sin envoltura especial. Imagino que lo debe llevar oculto en alguna parte de su uniforme. Usted no fue registrado en la «Astral». Usted no mostró sus huellas dactilares ni su documentación. Era el primer viaje que hacía con Murray el auténtico capitán

Reeves» Por eso engañó a su compañero. Ni siquiera «Puma» podía hacer una obra tan perfecta, como alterar su fotografía, su cara, y sus huellas dactilares o las del pasaporte. Y a mí me parecían todos legítimos, sin falsificación. Fui tonto de no sospechar de usted. Scholtz sí sospechó. Debió de verle meter en el bolso de la señorita Bertier la envoltura de «radiotom». Dijeron que usted estuvo cerca de ella poco antes de aparecer abierto el bolso, y nadie le dio importancia alguna. Es curioso, la de detalles que le acusaban, y nadie fue capaz de ver.

—Muy bien, Logan. Usted lo ha visto todo. Pero no le va a servir de nada. Ahora sé a dónde iba. A preguntar al teniente Murray si yo me ausenté de la cabina de mandos poco antes de ser hallado muerto Scholtz. ¿No es eso?

—Sí. Está en todo, ¿eh, «Puma»?

—Gracias a eso vivo todavía —rió el asesino —. Me divertí mucho interrogándoles a ustedes, en busca de mí mismo. Era gracioso, la verdad. Sobre todo, para mí, claro.

—Aún ignoro algo sobre usted, «Puma». ¿Qué pensaba hacer en Marte con el «radiotom»? Yo no he pensado jamás que le pasara por la mente negociar con unos hipotéticos marcianos. Ha resultado haberlos. Pero igual pudo no haber ninguno. No. Usted va sobre seguro siempre,

«Puma». ¿Qué planeaba?

—Usted puso el dedo en la llaga, cuando dijo que tal vez venía a buscar yacimientos de minerales valiosos —rió «Puma» —. ¿Sabe cuál es mi plan? ¡Matar a todos los de la base! ¡Y para eso, necesitaba dos cosas: robar el «radiotom» para aniquilarles con su alto poder mortífero... y después llegar aquí a bordo de una nave, pero lejos de toda sospecha! Ambas cosas las logré. Ahora, sólo es cuestión de ir matando. Usted es mi único obstáculo, Logan. Por eso he de eliminarle. Después, las riquezas de Marte serán mías. Las cargaré en la «Astral», y volveré a la Tierra, clandestinamente, y con otra personalidad, a disfrutar de mis inmensas riquezas.

—Es un plan de loco. Ahora veo lo que es en realidad «Puma». Un astuto loco, un demente inteligentísimo y audaz, que hasta hoy tuvo mucha suerte. Pero ésa se terminó ya, amigo...

—¿Se terminó? —rió el falso Reeves—. Por el contrario. Empieza ahora...

—¿Matándome a mí?

—Eso es. Diremos que le mató cualquiera. Ya inventaré algo. De mí no sospecharán...

—Lo siento, «Puma». Siento que en su locura, quiera vengarse de todos aquellos que cree tuvieron la culpa de lo que a usted le sucedió en el espacio.

—¿Eh? ¿Qué quiere decir? —se transfiguró la cara de Reeves.

—Usted me entiende. Está enfermo. Enfermo menta!. Volvió de su viaje, y en vez de confesar que vivía, prefirió ser «Puma». El fantástico ladrón de secretos atómicos. El monstruo de la Ciencia. Si él supiera que usted es...

—¡Cállese! ¡No dirá nada de eso a nadie! —cortó, virulento, el falso Reeves —. ¡Voy a matarle ya, Logan!

—No lo hará. Puede disparar ya, profesor Yamura —suspiró Waldo, dirigiéndose a alguien situado a las espaldas de Reeves.

—No me va a engañar —rió «Puma» —. Es tan viejo como el mundo. Le mataré, Logan. No hay nadie a mi espalda. Y voy a apretar el gatillo...

—Está bien —suspiró de nuevo Logan —. Dispare, Yamura, ya lo oye… No hay otro remedio…

El disparo pilló por sorpresa al «Puma». Jamás pudo imaginar que a sus espaldas estuviera la muerte. Se volvió, bruscamente, con una expresión de horror y de incredulidad en el rostro. Era cierto. Yamura salía de la sombra, armado de una pistola nuclear. Le había clavado un proyectil desintegrante en el cuerpo. Agonizaba ya…

—¡Mal… dito… ! —jadeó, cayendo de rodillas. Quiso disparar, con sus últimas fuerzas, sobre el japonés.

Logan le arrancó el arma de un patadón durísimo, en la crispada mano. Luego, sin una sola sombra de pesar, le vio aplastarse en tierra, yacer inerme…

—Se terminó la pesadilla —dijo —. Ahora sí que el verdadero «Puma» ha muerto. Gracias, profesor. Estamos en paz usted y yo. Me salvó la vida. Cuando le vi, me pareció imposible.

—Su amigo «Puma» debía de haberme mirado a mí también durante el telefilm —rió Yamura — . Yo también vi lo mismo que usted. Aunque tal vez no reflejé su sorpresa, Logan.

—Nunca se le va nada, ¿eh, profesor? —sonrió Logan, triunfalmente.

—Nunca, amigo —confesó el japonés sin modestia —. Absolutamente nada…

—Van a llevarse todos una gran sorpresa cuando sepan quién era «Puma» —declaró Logan, pensativo.

—Sí, una sorpresa de verdad. Sobre todo, uno de ellos…

Waldo miró con asombro al japonés. El le sonrió,

—¿También sabe eso, Yamura? —preguntó, atónito.

—Sí, también. Oí algo. Lo demás, lo imaginé.

—Dios mío, es usted terrible… —se pasó una mano por la frente—. Yo había pensado no decir nada. Nada en absoluto, profesor…

—Claro que no. El señor Nathan Collins es ya feliz así. Su hijo murió en el espacio… ¿Para qué darle otra versión… mucho más dolorosa?

—Sí, ¿para qué? Hagamos lo que dice el pueblo marciano, esos

supervivientes de una gran raza extinguida: paz. Paz también a las almas, Yamura... Marte es también tierra de Dios. Paz, pues, a los hombres de buena voluntad...

Lentamente, ambos hombres se alejaron. Para todos, el muerto sería el falso capitán Reeves, «Puma». Nada más. Edmond Collins, el joven piloto del espacio desaparecido en su viaje a la Luna... era eso. Un desaparecido. Nada más.

Pero nunca sería, "para su padre, el terrible «Puma», un hombre enloquecido por la acción del polvo cósmico sobre su mente y su organismo. Un monstruo creado por el superespacio en un ser humano...

FINAL

El regreso a la Tierra fue un mes después. El Gran Viaje iba a concluir con el regreso ansiado, tras la estancia en el planeta rojizo, ya familiar para los turistas planetarios.

En Marte, esperanzas de paz y de fraternidad entre terrestres y nativos, era la semilla que dejaba el «Astral».

Delante, allá en la Tierra, su punto de destino en el retorno, esperaba también algo hermoso a los viajeros del primer vuelo interplanetario de placer al mundo de las arenas rojas. La felicidad para tres parejas: Waldo Logan y Teresa Alba; Carlos Valdés y Martine Bertier; Ronald Wilcox y Sandra Lee...

La paz para Nathan Collins, en su atormentado espíritu. Y el recuerdo de un viaje donde triunfaron la amistad y la honradez, para el sabio Yamura, del Japón.

Era un buen final para todos. Como en las novelas de Waldo Logan...

FIN